

JERÓNIMO MARÍNEZ-MENDOZA

Tema: La leyenda de El Dorado. Su historia  
e influencia en la Venezuela Antigua.

6 de diciembre de 1967

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia,  
Señores Académicos,  
Señoras y señores:

Sean mis primeras palabras para reiterar públicamente a esta docta Academia mi más profunda gratitud por la alta distinción que me ha conferido al elegirme para ocupar el sillón letra F, vacante por la sensible, prematura e inesperada muerte de Don Mariano Picón Salas. A todos los distinguidos Académicos, pero en especial al profesor don Pedro José Muñoz y a los Doctores Héctor García Chuecos y Mario Briceño Perozo, quienes bondadosamente prohicieron mi candidatura.

Haciendo gala de su benevolencia la Academia me ha otorgado un asiento en su seno sin reparar en la escasez de mis méritos para alcanzar tan señalada honra y sin más títulos que mi devoción por las disciplinas históricas. Altísimo honor y gran responsabilidad ocupar la curul a la cual dieron lustre con el destello de su pluma y la amplitud de su saber esas elevadas cifras de la intelectualidad venezolana que se llamaron Laureano Villanueva, José Ladislao Andara, José Eustaquio Machado, Pedro Emilio Coll y Mariano Picón Salas.

Por tales razones, creo que debo interpretar mi designación como un estímulo a colaborar en la hermosa tarea que constituye la finalidad primordial de esta ilustre Casa de Estudios: el establecimiento de la verdad histórica mediante la minuciosa investigación de las fuentes, el cabal aprovechamiento de éstas y la recta utilización del método y principios de la crítica histórica. En suma, el deslinde entre la historia auténtica y la que pasa por tal y que no es sino leyenda o novela histórica.

Mi antecesor en el sillón que paso a ocupar fue don Mariano Picón Salas, una de las más sobresalientes figuras del mundo intelectual venezolano e hispanoamericano, uno de los más encumbrados humanistas de América al lado de Pedro Henríquez Ureña y de Alfonso Reyes, cuya obra fecunda tiene valor permanente y proyección universal.

Como un homenaje a su esclarecida memoria, hagamos una breve relación de su vida y su obra.

Nació en Mérida el 26 de enero de 1901. Profundamente arraigado a su terruño –“merideño entrañable” se calificará a sí mismo después- realiza allí sus estudios de primaria y secundaria. En 1920 se traslada a Caracas para iniciar los estudios universitarios, pero adversidades familiares lo inducen a emigrar a Santiago de Chile, en 1923, donde los concluye brillantemente. Obtiene el grado de profesor de Historia y en 1928, de Doctor en Filosofía y Letras. Trabajando intensamente adquiere profundos conocimientos humanísticos y literarios. Ávido de saber, amplía sus posibilidades estudiando las lenguas clásicas griego, latín y mucho del sánscrito, y las modernas inglés, francés y alemán. Entre 1929 y 1936 ejerce la docencia en los liceos de Santiago de Chile y en las Facultades de Filosofía y Bellas Artes de su Universidad.

Fallecido el Presidente Gómez en 1935, Picón Salas considera llegada la hora de regresar a Venezuela a dar su eficiente aporte para la reconstrucción del país, y retorna en 1936. Se le nombra Superintendente del Ministerio de Educación, cuyas funciones ejerce por un año. De 1938 a 1941 desempeña las de Director de Cultura y Bellas Artes en el mismo Ministerio. Allí realiza una intensa labor de difusión de la cultura y funda y dirige en el mismo año la Revista Nacional de Cultura, que convierte en exponente de las letras nacionales e hispanoamericanas. De abril de 1940 a junio de 1941 desempeñará el cargo de Director del Archivo Nacional.

Viaja en 1942 a Estados Unidos como profesor visitante de la Universidad de Columbia y de otras instituciones docentes donde cumple fecunda labor. Regresado a Venezuela, se le designa para fundar la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central, en 1946. Sus libros *De la Conquista a la Independencia* y *Miranda*, lo traen a esta Academia, donde se recibe el 1° de octubre de 1947. Por

los sucesos políticos de fines de 1948, se traslada al exterior y de 1949 a 1951 está en Puerto Rico como profesor visitante de la Universidad; en el mismo 1951 viaja a la Universidad de Los Angeles y luego al Colegio de México en idénticas funciones. Vuelto a Caracas, desde 1951 a 1958 es profesor de la Universidad. Desde 1959 hasta 1962 cumple las funciones de Delegado de Venezuela ante la UNESCO en París. En 1964 es designado para presidir el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, en cuya organización trabajó activamente, pero su fallecimiento inesperado ocurrió antes de la inauguración de esta importante entidad. Moría prematuramente a punto de cumplir 64 años, el 1º de enero de 1965, cuando aún podía esperarse mucho de sus dotes.

Otra de las actividades importantes de Picón Salas en las cuales descolló fue la diplomacia, a la cual lo llevó el renombre de su figura intelectual. En ejercicio de esta actividad fue Encargado de Negocios en Checoslovaquia de 1936 a 1937; Embajador en Colombia de 1947 a 1948; Embajador en el Brasil de 1958 a 1959 y Embajador en México en 1962, en cuyo país sufrió la primera manifestación del mal cardíaco que lo había de llevar a la tumba.

La múltiple actividad intelectual de Picón Salas se ejerce en tres campos principales: la docencia, la literatura y la historia.

Picón Salas tuvo una auténtica y profunda vocación de educador, el oficio que él escogió. El mismo lo confiesa: “Tanto como escribir he amado mi profesión de maestro. Que el cielo me perdone tantas faltas, tantas contradicciones de mi carácter, por ese gusto sin amargura ni despecho de continua alegría ante los jóvenes, que me deparó esta vocación de maestro... El maestro va cotidianamente, dijo, con su ropa de operario a elevar los primeros andamios por donde las almas jóvenes escalarán la verdad o la belleza”. Fueron muchas las jornadas que, con fe y esperanza, dedicó a la enseñanza de la juventud.

Pero no sólo le preocupaba la modelación de la juventud. También procuró por todos los medios la formación cultural de todos los grupos sociales. En uno de sus escritos leemos: “Formar ese orden civil donde florezca la cultura y se respeten las más hermosas obras del hombre, no es solamente tarea de políticos, sino de educadores y humanistas... Vivir es aprender y someter este caballo brioso de la

vida a ritmo, razón y armonía”. Con toda justicia podría aplicarse a Picón Salas lo que él escribió de Alberto Adriani: “Por la claridad y la validez del pensamiento, por haber sentido como pocos a Venezuela, sigue siendo uno de los nombres orientadores, es decir, uno de los nombres más vivientes de nuestro país...”

Toda su obra está impregnada de preocupación venezolanista. A Venezuela consagró por entero sus afanes y a su servicio puso su amplia cultura. “Lo universal no invalida para mí lo regional y lo autóctono”, escribió.

Se esmeraba en estar al día con las nuevas corrientes del pensamiento. De su travesía a Europa en 1937 dijo “fue un viaje de mi yo suramericano que anhela tomar conciencia de lo que le falta y lo busca a través de los hombres, los paisajes y las culturas distintas. Todo gran arte ha resultado de esa confluencia necesaria entre lo nacional y lo universal”. En su obra se cumplen esas ideas: allí se funde lo hispanoamericano con lo ecuménico.

No nos incumbe analizar hoy la obra literaria de Picón Salas. Otras plumas más autorizadas que la nuestra lo han realizado. Sólo diremos que críticos calificados lo consideran como el prosista de más alta clase que ha aparecido en la literatura venezolana y uno de los más insignes en la lengua castellana. Sus escritos se señalan por la transparencia, la finura, la gracia y la armonía puestas al servicio de una gran riqueza de ideas, de una imaginación poderosa y de una exquisita sensibilidad. Sin disputa, es uno de nuestros más descollantes estilistas.

Su género preferido es el ensayo, el que cultiva con más tesón y donde la cosecha es más abundante. Los relativos a la historia del arte y de la cultura de América sobresalen. Representa el ensayista de mayor relieve de nuestra historia literaria.

Puesto que su obra histórica motivó su ingreso a esta docta Casa, es pertinente que le dediquemos más atención.

Enterémonos de sus ideas acerca del procedimiento histórico. Preocupado ante todo por la presentación literaria del tema que trata, Picón Salas evita en lo posible el aparato erudito, la mención de citas y datos y se preocupa esencialmente por la reconstrucción y la interpretación del pasado. Leamos sus propias palabras: “Hay estudios eruditos que de puro perfectos eliminaron la personalidad y sensibilidad

del investigador. Por eso, más que el ciego acarreo del dato me interesa su tipicidad, y a la página plagada de cifras, prefiero, de acuerdo con mi temperamento, la que revelaba no solo un esfuerzo de transmitir noticias, sino lo que humanamente es más urgente: entenderlas... Contra la historia que es acumulación, prefiero por gusto o aseo intelectual, la historia interpretativa”.

Los géneros históricos elegidos por Picón Salas son la historia cultural y la biografía, particularmente la última. Antes de abordarlos, hagamos mención del Discurso que leyó en esta Academia en 1947 al incorporarse. Sesudo trabajo en el cual examina analíticamente el estado en que se encontraba para esa fecha la historiografía venezolana en su conjunto. Señala los vacíos y los problemas que aparecían en cada una de las etapas sucesivas que la integran, y destacó la urgencia de la tarea de colmarlos y resolverlos.

Su primera obra histórica lleva el título *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana* (1944). Con el propósito de trazar el proceso de la formación del alma criolla, Picón Salas compuso esta obra, la más apreciada más allá de nuestras fronteras, la más reeditada, con traducciones al inglés y al francés. Oigamos lo que él declara acerca de ella: “Cómo se forja la cultura hispanoamericana, qué ingredientes espirituales desembocan en ella, qué formas europeas se modifican al contacto del Nuevo Mundo, y cuáles brotan del espíritu mestizo, son los interrogantes a que quiere corresponder este ensayo de historia cultural”. Es una obra que logra plenamente sus fines y una vital contribución al tema.

Su primera biografía está dedicada al Precursor Miranda. La figura de Miranda siempre interesó a Picón Salas como tema literario. Por eso dice: “Como hombre-síntesis en quien se acumulan todas las energías y todos los sueños de su tiempo, el personaje ofrece su palpitante fascinación problemática a los psicólogos, los artistas, los historiadores... Agotado casi ya su proceso documental, comienza su proceso psicológico” En su *Miranda* (1946), obra de alta calidad, Picón trazó con mano maestra una interpretación acertada de la tragedia “de aquel hombre de alta cultura y pulida sensibilidad, perdido en los azares de una política sumamente terrestre, cuya complejidad irracional no se ajusta con los cálculos y previsiones

lógicas”. *Pedro Claver, el Santo de los Esclavos* (1950), es su segunda biografía, obra maestra en el género, que muchos tienen por la más acabada que trazó la pluma del autor, de una riqueza de imágenes y de matices extraordinaria. No es una historia estrictamente hablando, hay en ella mucho de la novela histórica, pero está rigurosamente documentada. Es una evocación vivida del ambiente de la época y una reconstrucción palpitante y fiel de la figura de Claver “en el ambiente histórico y social en que culminó su hazaña”.

Otra obra biográfica muy bien documentada es la llamada *Los días de Cipriano Castro* (1953). En ella evoca vitalmente la personalidad de ese Presidente y la Venezuela de comienzos del siglo XX. El autor nos explica la significación de su obra: “Si este cuadro de la nación de hace siglo... dista mucho de ser edificante, acaso ofrezca el efecto catártico de todas las tragedias. También se escribe la historia con la utopía de mejorar los tiempos y de liberarse a la vez, de muchos materiales y formas muertas que arrastra el pasado”. Obra que mostró a su autor los sinsabores de historiar las épocas recientes: varios de los autores de los hechos narrados o sus descendientes protestaron la pintura realista y justiciera que él trazó en su libro.

El ciclo de las obras históricas de Picón Salas se cierra con una breve biografía escolar de Don Simón Rodríguez (1953), expresiva síntesis de la vida y la obra de este notable educador y hombre público.

## LA LEYENDA DE EL DORADO.

### SU HISTORIA E INFLUENCIA EN LA VENEZUELA ANTIGUA

Como tema del trabajo de incorporación que el reglamento de esta entidad pauta a los beneficiarios, he escogido “La Leyenda de El Dorado. Su Historia e influencia en la Venezuela Antigua”.

Esa leyenda fue un factor potente que en los albores de nuestra historia influyó decisivamente para que los hechos se enrumbaran por los cauces que tomaron, y el que determinó, en el ámbito territorial, la configuración de lo que más tarde sería la nación venezolana, al causar la creación de varias provincias, si al principio

desligadas unas de otras, luego en el siglo XVIII integradas en una sola unidad.

Más, pese a ese influjo poderoso y al importante papel desempeñado, nuestros historiadores se han referido a ella de pasada, en estudios parciales, como a cosa imaginaria que no merece se emplee mucho tiempo y labor en estudiarla. Sin duda por esta razón, y porque en general la historia de nuestro pasado hispánico o colonial hasta hace pocos años ha sido desatendida y menos estudiada, ninguno de esos historiadores ha intentado hasta hoy un estudio monográfico completo en el cual se analicen objetivamente y de manera sistemática sus orígenes, su desarrollo y las transformaciones que asumió en nuestro país. La disertación que hoy presentamos aspira a contribuir en alguna forma a llenar esa sensible laguna que se nota en nuestros anales históricos. En ella se mencionan todas las numerosas expediciones a El Dorado relacionadas con nuestra historia que han venido a nuestro conocimiento. Como lo exige un trabajo para esta ocasión, hemos tratado de reducir la narración a lo esencial sin mengua de la clara inteligencia de los hechos, sus causas y sus implicaciones

## INTRODUCCION

Esta leyenda, con diferentes designaciones y en diversos momentos pero siempre sobre el denominador común de supuestos reinos indígenas de extraordinaria riqueza áurea existentes en el interior de nuestro continente, apareció en varios países de la América Meridional. Su historia general ha sido narrada por los cronistas y los historiadores modernos de los siglos XIX y XX. Pero nuestro trabajo se concretará exclusivamente a lo que concierne a Venezuela.

La tenaz creencia de los antiguos en la realidad de El Dorado ha sido generalmente ridiculizada por los historiadores modernos como cosa de ilusos y de Quijotes. La mentalidad y la visión del mundo del hombre que vivió en aquellos años y los hechos históricos ocurridos en América en las cuatro primeras décadas del siglo XVI, cuando se originó la leyenda, son factores que nos permiten entender cabalmente por qué tal creencia persistió durante tres siglos.

El hallazgo en la América Meridional de dos imperios indígenas fabulosamente ricos en oro, plata y piedras preciosas, primero el de los Incas y luego en el de los Chibchas o Muiscas, lógicamente indujo a los españoles a creer que en el interior

de tan vasto continente podrían encontrarse otros similares; tanto más cuanto que después de la conquista del Perú se infundió la conseja de que unos príncipes Incas habían huido hacia el interior del continente llevando consigo grandes tesoros.

Factor que influyó decisivamente en los españoles para lanzarse en busca de El Dorado fueron las noticias y las seguridades que los aborígenes les daban, afirmando la existencia de opulentos países y diciendo en muchos casos que ellos los habían visto y los conocían. Como podremos comprobar en el curso de este estudio, todas las expediciones exploradoras fueron motivadas por las informaciones suministradas por los indios. No podemos determinar hoy con certeza las causas que dieron lugar a estas noticias. Tal vez para librarse de los españoles y lograr se fuesen lejos; o bien porque éstos entendieron mal lo que decían los indios; ya por imprecisión o inconsciencia de éstos; ya porque como en el caso de Manoa y la Laguna Parime, parece ser que algunas tribus indígenas creían en lagunas mitológicas.

Otro factor que influyó mucho en las expediciones a El Dorado, fue el desconocimiento de la geografía de vastas comarcas del interior del continente por no haber sido exploradas hasta el momento en que se iniciaron. Las zonas más habitables y civilizadas de Suramérica son las de las costas y de las montañas adyacentes. En ellas se ubicaban los pueblos de cultura más avanzada y los más ricos. El interior del continente lo caracterizan los grandes llanos y las densas selvas tropicales, regiones poco pobladas e inhóspitas que aún hoy después de cuatro siglos permanecen en estado casi virgen. Hacia esas comarcas se dirigieron las expediciones para buscar El Dorado. Tan graves errores geográficos, inevitables en aquellos tiempos, no podían conducir sino a rotundos fracasos. Por ello aquellas empresas, en lugar de las soñadas riquezas, no produjeron sino “sangre, sudor y lágrimas”, si se nos permite parodiar la famosa expresión de un destacado estadista británico de nuestros tiempos.

Todas las empresas que se promovieron para hallar El Dorado fueron de iniciativa privada; en muy pocos casos hubo algún aporte del Estado. Por ello sus jefes debían poseer recursos suficientes para llevarlas a cabo. A menudo solicitaban préstamos y se ayudaban con los aportes de las personas que se



enganchaban. Los caudales invertidos en ellas fueron considerables en la mayor parte de los casos.

Integraba la hueste expedicionaria un núcleo de gente española en cantidad de 100 a 500 personas usualmente, y un número considerable de indios y negros de servicio. El caballo y las mulas de carga eran indispensables. Como necesariamente debían penetrar por regiones desiertas, llevaban el mayor número posible de ganado de carne y abundantes víveres de todas clases.

Las primeras jornadas tuvieron por teatro los inmensos llanos que se dilatan al Norte, y al Oeste del Orinoco hacia la Nueva Granada, que todos forman una sola unidad geográfica. Vastísimas sabanas cubiertas de gramíneas, salpicadas con matas y morichales y cruzadas por caudalosos ríos bordeados por bosques de galería. En el verano secos pajonales y ríos de escasas aguas. En invierno, grandes zonas inundadas con ciénagas y pantanos y ríos invadables. Elevadas temperaturas todo el año.

Los que cruzaron el Orinoco y penetraron al interior de Guayana a fines del siglo XVI y comienzos del XVII tropezaron con fragosas regiones montañosas cubiertas de intrincadas selvas y ríos de curso accidentado con muchos raudales y saltos. En toda la comarca lluvias abundantes y altas temperaturas húmedas.

Ambos ambientes geográficos estaban en general escasamente poblados por tribus indígenas primitivas, unas veces sedentarias y otras nómadas. Los expedicionarios españoles, como todas las huestes de ese tiempo, obtenían el sustento principalmente de los lugares por donde pasaban. Cuando se internaban en zonas despobladas o con pocos moradores como era lo usual, la consecuencia era funesta en mayor o menor grado, pero siempre la misma: el hambre. Ella fue el espectro aterrador que los persiguió y amenazó constantemente en sus largas incursiones, y que con frecuencia causó estragos en sus filas.

Todas esas empresas, unas más, otras menos, experimentaron grandes pérdidas de vidas; y quienes tomaron parte en ella padecieron innumerables necesidades, sufrimientos y privaciones. Multitud de ellos perecieron por hambre, sed, extenuación, enfermedades que no podían ser curadas por falta de médicos y medicamentos y frecuentes refriegas con los aborígenes. Las bestias feroces,

entonces muy abundantes en las vastedades vírgenes de América, eran una continua amenaza; en sabanas y bosques, ofidios venenosos en gran variedad y número, boas, tigres y pumas; al cruzar los ríos: caimanes, culebras de agua, tembladores, voraces caribes, etc.

Es de justicia reconocer que estos hombres encararon invariablemente todas las adversidades que continuamente les salían al paso, con la misma valentía, entereza y resolución irreductible que mostraron los hispanos en la conquista de América y que asombran hoy a quien las examina. Tal era la fe que tenían en la existencia de El Dorado, que siempre volvían una y otra vez a la carga, a pesar de los más completos fracasos. El señuelo de las riquezas, especialmente aquellas obtenibles fácilmente, era entonces, y lo sigue siendo hoy en la forma de otros Dorados contemporáneos, el más poderoso motor de las acciones humanas. Pero no obstante, sería error e injusticia considerar que sólo la sed de riquezas movió a aquellos hombres: los impulsó también la ambición de sobresalir del grupo, de ascender en rango y consideración social de ganar la gloria y el renombre que alcanzaron Cortés, Pizarro y Jiménez de Quesada. Que estas son también imperecederas apetencias inherentes al ser humano de todos los tiempos.

Entenderemos mejor la mentalidad del hombre de la época del descubrimiento y de la conquista de América, su visión del mundo, sus creencias y sus móviles, si tenemos presente lo reducido de sus conocimientos en todas las áreas del saber. En su espíritu prevalecían todavía los puntos de vista y las suposiciones medioevales, a la vez que en él ya germinaban y comenzaban a desarrollarse los del Renacimiento, caracterizado por el interés de lo concreto, de lo individual y por el inicio de un prodigioso ensanche de los conocimientos generales. El se ubica en el comienzo de esa etapa de transición entre el hombre de la Edad Media y el hombre moderno, cuya aparición podría contarse desde 1750 en adelante.

En efecto, sus conocimientos geográficos se reducen a una pequeña porción de la tierra: Europa; la parte del Asia que bordea con el Mediterráneo y el Océano Indico; las costas de África sin nada de su interior; y algunas del inmenso continente de América, cuya exploración sólo ahora comienza. Como corolario de esos conocimientos incompletos ignora también gran parte de los pueblos que

habitan la tierra, así como la fauna, la flora y la conformación topográfica de variadas comarcas. En este momento de la historia del mundo, para el europeo, lo ignoto predomina sobre lo conocido.

Lo inexplorado brindaba un número inmenso de oportunidades reales a quien osase aventurarse. Podrían ser hallados países donde fuese posible asentarse, adquirir tierras y colonizar, o por lo menos establecer comunicación mercantil entre Europa y aquellas que tuviesen señalada importancia económica. He aquí porqué los europeos se lanzaron febrilmente a la exploración y conquista del mundo a partir del siglo XV.

Pero lo ignoto también incita la fantasía y la estimula a soñar y a imaginarse supuestas cosas que no tienen existencia real. En el siglo XVI, si excluimos a unos pocos letrados, el hombre común que vino a América era proclive a creer en lo maravilloso y extraño y por ello está pronto a admitir los prodigios y cosas asombrosas que referían los indios y las fantasías de sus propios compañeros. Su alma, todavía en buena parte medioeval, confunde lo auténtico con lo imaginario, no distingue entre lo que ve y lo que oye referir carece de la formación necesaria para comprender al mundo y sus ideas científicas son imprecisas. Como con mucho acierto lo consigna un moderno autor: “Vivían en un mundo donde todo lo extraño y maravilloso tenía cabida y que por lo tanto hacía allí posible la existencia de todas esas plantas y todos esos animales monstruosos y absurdos creados por la imaginación del hombre y de los que tanto hablaban los autores de la antigüedad... Los hombres soñaban todavía con la existencia, en regiones apartadas y remotas, de un mundo de maravillas”<sup>1</sup> No debe sorprendernos, en consecuencia, la docilidad con que dieron crédito a las invenciones de los aborígenes sobre la existencia de países en que el oro abundaba como las piedras. A medida que el hombre amplió sus conocimientos y éstos se hicieron más exactos y asentó su razonamiento sobre bases más sólidas, su visión del mundo se tornó más realista y su mente menos inclinada a admitir fábulas y fantasías.

---

<sup>1</sup> Agustín Zapata Gollan. *Mito y superstición en la Conquista de América*, pág. 8. Buenos Aires, 1963. Véase, además: Ángel Rosenblat, *La Primera Visión de América y otros ensayos*. Pág. 15. Caracas, 1965.

Como antecedentes inmediatos de las ideas de los conquistadores, comprobemos como influyeron en ellos las leyendas de los viajeros medioevales. En efecto, dos de ellos que a mediados del siglo XVIII fueron los primeros europeos que penetraron en el Asia Central en busca de la China opulenta de la época, Juan Piano del Carpini y Guillermo Rubroucq, monjes franciscanos, oyeron hablar de “ciudades circundadas de muros de plata y de murallas de oro”<sup>2</sup>.

Colón alistó a los marinos que lo acompañaron en su primer viaje, prometiéndoles seguras riquezas en las tierras por descubrir. Cuando Colón regresa, el cronista Pedro Mártir de Angleria habla en sus cartas de que aquél ha traído muchas cosas, “pero principalmente oro, que crían naturalmente aquellas regiones” y de que “en la superficie de la tierra encuentran pepitas de oro en bruto nativas de tanto peso que no se atreve uno a decirlo”. Herrera en la *Década* I, libro IV, cap. IX, declara haber ciertas piedras “que eran como madres del oro, que poco a poco se iban convirtiendo todas en oro”. Refiere el P. Las Casas en el cap. XLV de su *Historia de las Indias* que en Tierra Firme un indio hizo entender a los españoles que había un río donde con redes se pescaba el oro, y de tal manera se extendió la fama de que tal cosa ocurría por toda España “que para ir a pescarlo casi toda Castilla se movió. Y así llamaron después por reales provisiones aquella provincia Castilla del Oro.” Pero todos estos sueños de los conquistadores se convirtieron en realidad poderosa cuando Hernán Cortés se apoderó del tesoro de Moctezuma en la ciudad de México en 1520. En un aposento, dice Fray Diego Durán “había un montón de oro y joyas preciosas y ricas tan alto que un hombre puesto de la otra parte de él, no se veía...” Su avalúo excedió los 600.000 pesos. Podemos imaginar cómo la noticia de este inmenso tesoro, como nunca lo habían visto ojos humanos, inflamó las ambiciones de cuantos la oyeron.

Así llegamos al punto en que comienzan los hechos que atañen a Venezuela.

---

<sup>2</sup> Jean-Paul Roux. *Les Explorateurs au Moyen Age*. Pág. 149. París, 1961

## DIEGO DE ORDAZ

En el momento en que iniciamos nuestro relato, el año de 1530 sólo nuestras costas y las de la vecina futura Nueva Granada han sido exploradas por los descubridores. Excepto Alfínger que apenas comienza sus incursiones, nadie ha penetrado hacia las tierras interiores. El istmo de Panamá ha sido cruzado en 1513 y el Océano Pacífico descubierto. El Perú todavía no ha sido hallado y en aquellos preciosos momentos principia el avance hacia su conquista.

En el año 1531 aparece fortuitamente en el escenario de nuestra historia el Comendador Diego de Ordaz. Decimos fortuitamente porque en 1530 había obtenido la Gobernación del Maraón, que se extendía desde las bocas del Amazonas hasta Maracapana (hoy zona de Puerto La Cruz - Guanta). Se suponía, por ignorancia geográfica, que entre ambos límites mediaban las 200 leguas que se le había otorgado y como en el viaje de uno a otro extremo se hallaron 700, Ordaz prefirió que las 200 se contasen desde Maracapana y no desde el Amazonas. Es comprensible. Era comarca ya poblada; allí estaban las riquísimas pesquerías de perlas de Cubagua, y estaban cerca las bocas del Orinoco, cuyo inmenso caudal de aguas indicaba que venía de muy lejos tierra adentro y por él podría penetrar a desconocidas comarcas. El resto de su Gobernación, dilatadas costas bajas habitadas por indios Aruacos, nada ricos, no le interesó.

Al llegar Ordaz a Paria en febrero de 1531 para tomar posesión de las tierras que le pertenecían, le hablan los cubagüenses del río Orinoco, que ellos conocían de tiempo atrás hasta más allá de la confluencia del Caroní. Oviedo y Valdés afirma “que le habían dado entender que era cosa muy rica y que se descubrirían grandes secretos la tierra adentro por aquella vía”.<sup>3</sup> Agrega Fray Pedro de Aguado que refirieron los de Cubagua a Ordaz que en el río Uriapari, nombre que daban los indígenas al Orinoco, “había mucha cantidad de naturales que poseían mucho oro y

---

<sup>3</sup> G. Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia General y Natural de las Indias*. T. II, pág. 392, 3ª edición. Madrid, 1959.

otras riquezas”.<sup>4</sup> Este es el momento en que nace la leyenda de grandes tesoros en el interior de nuestro país.

Al oír tan promisorias noticias, Ordaz decide emprender la jornada de descubrimiento. En cuatro meses construye los navíos ligeros apropiados y por junio empieza a remontar el río. Este ya corre crecido y las penalidades para ir contra la corriente a fuerza de remos son muchas. Padecen de falta de alimentos, las tierras ribereñas son pobres y poco pobladas. Tras muchas dificultades alcanzan los imponentes raudales de Atures por su fuerza y la imposibilidad de pasarlos, ponen fin a la Exploración del Orinoco. Allí se enteran por los indígenas que podrían encontrar mucho oro en una comarca cercana, la de Meta, a la cual se entra por el río del mismo nombre. Se devuelven e intentan remontarlo. Pero finaliza el mes de diciembre de 1531, ha llegado el comienzo de la estación seca, los ríos merman su caudal rápidamente y se vuelven innavegables. Se hace imposible proseguir el avance. Ordaz no tiene más camino que ordenar el retorno. En poco más de dos meses descienden el río y llegan a Cumaná en marzo de 1532. Ordaz y sus hombres son apresados por los de Cubagua, quienes no le reconocen jurisdicción sobre aquellos territorios que tienen por suyos, y lo envían a Santo Domingo para procesarlo como usurpador. Como secuela de la llegada de Ordaz a esta isla en junio de 1532, se difunde por América la noticia que trae de que en el río Meta es posible hallar un reino indígena con gran abundancia de oro. Es de esta manera que se engendra la primera de las múltiples formas que asumirá la leyenda en su larga historia. Pero muy pronto comprobaremos que la presunta opulencia de la provincia de Meta representaba una realidad muy concreta y no un país legendario.

---

<sup>4</sup> Fray Pedro de Aguado. *Historia de Venezuela*, t. I, pág. 410. Madrid, 1950

## LOS TESOROS DEL PERÚ

Pero entre tanto ocurrió otro hecho que había de tener poderosa influencia en el mantenimiento de la leyenda de El Dorado por muchísimos años. En 1532, después de muchas tentativas, logra al fin Francisco Pizarro desembarcar en el Perú, y en noviembre del mismo año, en Cajamarca, se apodera del Inca Atahualpa. Aterrorizado, para rescatar esta su vida, le ofrece llenar la habitación en que se le tiene preso -que mide 7 por 5 metros- y hasta la altura de sus brazos, de oro, y si éste no alcanza, de plata. En junio de 1533, traídos de todos los rincones del imperio se amontonan en la habitación un fantástico tesoro de objetos: ídolos, vasos, vasijas, ollas, collares y otras joyas, planchas que revestían muebles, puertas y muros, etc.: 6.400 kilos de oro y 12.000 de plata. A fines del mismo año, en la toma del Cuzco, se apoderan de otro gran tesoro pero inferior al de Cajamarca. Inmediatamente se procede al reparto. El quinto del total que corresponde a la real hacienda es enviado a España al cargo de Hernando Pizarro en 27 grandes cajas, fuera de espaciosas vasijas no embaladas. Llega a Panamá en octubre, cruza el istmo a lomo de mulas, toca en Santo Domingo y entra a Sevilla en enero de 1534. A pesar del sigilo, en cada lugar donde pasa el convoy filtra la noticia del opulento cargamento.

La nueva de las fabulosas riquezas del Perú se extendió velozmente por todas partes. En América incendió la imaginación y espoleó las ambiciones de cuantos residían en ella. Desató la fiebre del oro. Los gobernadores españoles de las incipientes ciudades del Mar Caribe y de Tierra Firme se vieron en los más grandes aprietos para impedir que se despoblasen. Todos sus moradores querían irse al Perú. La Audiencia de Santo Domingo escribe al Rey en enero de 1534: “Con estas nuevas tan grandes de las riquezas del Perú, habíamos de tener trabajo para detener la gente de esta isla, y aun de todas las otras comarcas... porque toda la gente generalmente está muy alterada con pensamientos de irse a aquella tierra...”.<sup>5</sup> La misma Audiencia, por otro lado, animó a los pobladores de las provincias cercanas

---

<sup>5</sup> Juan Friede. *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá*. Pág. 24. Bogotá, 1960.

para que tratasen de llegar al portentoso país. En la misma fecha declara: “Escribimos a los Gobernadores de Venezuela y de Cartagena dándoles noticias de este descubrimiento para que, pues están en el pasaje, que teniendo como tienen, gente de a caballo que pueden llegar muy cerca de aquella tierra, que procuren entrar la tierra adentro lo más que pudieren, que no es posible sino que hallen grandes secretos y riquezas”.<sup>6</sup> Es muy ilustrativa la carta que el 17 de febrero de 1535, dirige desde Puerto Rico Alonso de Molina a Asensio de Villanueva: “Con estas nuevas del Perú y de otro viaje que se nos ha levantado aquí de Meta, que dicen que es allá en los confines de Pizarro, no hay persona que quiera parar en esta isla. Está la cosa tan movida que el más viejo y más cojo tiene deseo de la jornada, e si no le fuese a la mano, lo dejarían todo e irían el viaje”<sup>7</sup>

De manera que las noticias de la provincia de Meta y del Perú, constituyen los dos poderosos resortes que impulsarán en lo sucesivo las expediciones que se formarán en las tierras hoy venezolanas en busca de El Dorado. Para la debida claridad en la exposición las dividiremos en dos grupos. Las que partieron del Oriente del país, y las que salieron del Occidente.

### JERÓNIMO DE ORTAL

El aragonés Jerónimo de Ortal, como tesorero de la expedición de Diego de Ordaz, lo había acompañado durante toda ella hasta su muerte en el mar en el viaje de regreso a España. Estaba enterado, por tanto de los rumores de cuantiosas riquezas existentes en el Meta. Con la ambición de llegar a ellas, solicitó y obtuvo la Gobernación de Paria por capitulación del 25 de octubre de 1533, en la cual se obligaba a colonizar la comarca, a fundar ciudades y fortalezas, a desarrollar el comercio, etc. Pero su verdadero designio era el que le sirviese de base para solicitar el reino de Meta. Con más de 200 hombres llega a Paria en octubre de 1534. Su plan consistió en dividir su gente en dos partidas: una subiría por el Orinoco y su afluente el Meta, tras las huellas Ordaz; la otra bajo su mando partiría de la costa camino de los llanos, rumbo también al Meta.

---

<sup>6</sup> Fray Froilán de Rionegro. *Actuaciones y documentos...* (Pontevedra), 1926, pág. 139.

<sup>7</sup> A. G. I. *Sto. Domingo*, leg. 10.



Sin pérdida de tiempo, antes que otros se le anticipasen, en noviembre de 1534, despacha al Orinoco a su teniente Alonso de Herrera, valeroso y diestro soldado, quien también había acompañado a Ordaz como Alguacil Mayor de su hueste. En seis embarcaciones 130 hombres subieron por el Orinoco con las usuales penalidades y penetran en el río Meta cuarenta leguas, que por su mucha corriente con la creciente de las lluvias los obliga a ir al remolque. Los indios opusieron gran resistencia, y en un asalto por sorpresa al campamento, 5 o 6 flechas envenenadas alcanzaron a Herrera, quien falleció a poco. La inesperada muerte del jefe provoca el fracaso de la empresa y los hombres regresan a Paria con las manos vacías.

El desastre de su teniente no desalienta a Ortal. Pero no será sino en febrero de 1536 que al fin partirá de San Miguel del Neverí con 200 hombres, 150 de a pie y 50 de a caballo. Marcha al Sur y Sur-Oeste por más de 150 leguas en los llanos. Pero no logrará cumplir su propósito. En abril del mismo año, estando en la región del río Pao, el veedor y contador García Nieto, secundado por el capitán Juan Fernández de Alderete, le amotinan la gente, desconocen su autoridad y lo devuelven a su punto de partida en la costa. La finalidad de los rebeldes era proseguir la jornada y conquistar para sí los tesoros que esperaban hallar. Mala la hubieron. Perecieron 16 hombres, 20 caballos y el intérprete. Para no morir todos resolvieron irse a Coro para ofrecerle sus servicios a Federman, quien preparaba a su vez una jornada. Pero éste fingió acogerlos y luego los detuvo y los despojó de 1.500 pesos en oro y otros bienes que llevaban. Así fracasó la empresa de Ortal.

### ANTONIO SEDEÑO

La última de las que partieron del Oriente venezolano es la de Antonio Sedeño. En julio de 1530 capitula con el Emperador la conquista y colonización de la isla de Trinidad, a donde llega a fines de ese año. Allí se entera de los tesoros del Meta de que hablan los hombres de Ordaz, confirmados por una india esclava. En 1534 la noticia de lo hallado en el Perú espolea sus ambiciones. Sale para Puerto Rico a

preparar su expedición, en lo cual emplea un año. En julio de 1536 desembarca en Maracapana e invade las jurisdicciones de Cubagua y Ortal y los Welser, pese a las prohibiciones de la Real Audiencia de Santo Domingo. Es un usurpador, cuyas ambiciones de alcanzar el primero la comarca de Meta, lo conducen a cometer toda clase de tropelías contra los españoles y los aborígenes, a quienes esclaviza por centenares. Al fin, por febrero de 1538 con 300 nombres y 80 caballos se interna en los llanos en ruta al Sur-Oeste. Pero en mayo siguiente, muere a orillas del río Tiznados: según unos, como término de grave mal que aquejaba; según otros, envenenado por una india de servicio. Sus hombres resolvieron proseguir la jornada y eligieron como jefes a Pedro Reinoso y a Diego de Losada. Más, ambos eran muy jóvenes y carecían de autoridad. Disensiones y motines entre sus hombres los obligaron a desistir. Regresaron unos a Coro y otros a Maracapana.

Ahora nos toca pasar a reseñar las expediciones que partieron del Occidente venezolano. Vale decir, de la ciudad de Coro, sede a la sazón de los gobernadores nombrados por los Welser.

#### AMBROSIO ALFINGER

Hay claras pruebas de que los negociantes alemanes Welser solicitaron de Carlos V la concesión de la Gobernación de Venezuela porque creían que la boca de la entrada al Lago de Maracaibo era la de un brazo de mar por el cual podría pasarse al Mar del Sur, o sea el Océano Pacífico, y así llegar a los países de las especias, en cuyo comercio ambicionaban participar.<sup>8</sup>

Así se explica que apenas llega el primer Gobernador alemán Ambrosio Alfínger a Coro en febrero de 1529, en agosto siguiente salga con una expedición de 180 hombres a reconocer el Lago en todas direcciones. Comprueba que es una laguna, pero cuando se retira a los diez meses enfermo de fiebre, cree que ella se comunica con otra que sale a la mar del Sur.

Curado de sus males, emprende en septiembre de 1531 otra expedición para seguir buscando el paso hacia el Océano Pacífico que se suponía estaría por allí. Marchando al Oeste cruza la Guajira y se interna hasta alcanzar el río Magdalena

---

<sup>8</sup> Juan Friede. *Los Welser en la Conquista de Venezuela*. Pág. 182. Madrid, 1961.

por donde prosigue su marcha hacia el Sur, pero sus márgenes cenagosas y anegadizas son gran obstáculo. A pesar de refuerzos recibidos de Coro, convencido de que por esa vía no alcanzará su meta de llegar al Mar del Sur, resuelve regresar a Coro, atravesando la Cordillera Oriental que se levanta al Este del Magdalena. Cerca de la cima halla unas tribus de indios muy belicosos, fuertemente armados y que visten grandes mantas. Estos aborígenes le informan que no muy distante al Sur habitan otras tribus poseedoras de grandes riquezas. No hay duda de que aquellos constituían una avanzada de los Chibchas, cuya provincia Xerira habían alcanzado los expedicionarios, pero que no exploraron por falta de recursos y hombres. Frecuentemente la tropa tuvo choques con los indios y en uno de os, el 31 de mayo de 1533, cae Alfínger con la garganta atravesada una flecha envenenada. Pero sus hombres lograron llegar a Coro desde donde enviaron información a los Welser de las noticias que hubieron de la fabulosa opulencia del territorio existente al Sur de Xerira.<sup>9</sup>

La región costera del Occidente de Venezuela presentaba escasas posibilidades económicas. Los Welser concentran sus esperanzas en el descubrimiento de los tesoros de la provincia de Xerira. Al efecto disponen que sus dos representantes, Federman y Spira emprendan sendas jornadas en su busca: Federman tomará la ruta seguida por Alfínger vía la Guajira, Valle Dura y el Magdalena, Spira seguirá la vía de los llanos Occidentales y tratará de reunirse con Federman más adelante para intentar llegar al mismo destino, la renombrada provincia aludida.

Como se estimó que la ruta a seguir por Spira sería la más larga, éste salió el primero.

#### JORGE HOHERMUTH O SPIRA

El 15 de mayo de 1535 parte de Coro la expedición comandada por Jorge Spira rumbo a lo desconocido. Van 490 hombres: 400 a pie y 90 jinetes. Lentamente marchan al Sur-Oeste y pasan por el lugar de Barquisimeto y de Acarigua.

---

<sup>9</sup> Juan Friede. *Ibid.* Págs. 193-211

Cuando a principios de noviembre cruzan el río Masparro, hay 80 enfermos, hombres que no han resistido el clima, la alimentación de yuca y maíz, las penalidades. A fines de febrero vadean el Apure; los enfermos son ya 180 y es perentorio dejarlos atrás. Nunca más alcanzarán a sus compañeros, y de ellos las dos terceras partes morirán. Después del Apure los expedicionarios se arriman a las faldas de la cordillera Oriental de lo que será más tarde la Nueva Granada, ya que es más fácil vadear los ríos mientras más cerca estén de sus fuentes en esas montañas. A mediados de marzo de 1536 cruzan así el curso superior del río Meta, y descubren que no hay tal reino opulento en ese río. Se deshace el mito del Meta como sede de un riquísimo país. Por allí mismo, les informan los lugareños que en la vertiente opuesta u occidental de la cordillera hay reinos indígenas riquísimos en oro y piedras preciosas. Envía Spira un destacamento para cruzarla, pero éste no encuentra paso transitable para los caballos y aquél desiste porque no quiere desprenderse de ellos. Más adelante todavía tres veces más le darán idénticas noticias, y otras tantas intentará pasar, pero no logra encontrar la vía. Prosiguiendo su jornada siempre al Sur-Oeste llegan al río Guayabero o Guaviare. De aquí en adelante hallarán tierras más pobladas, pero los indios son más belicosos y se niegan a proporcionarles alimentos. También han llegado a la comarca en que terminan los llanos o sabanas y comienza la intrincada selva tropical amazónica, de árboles gigantescos y terrenos pantanosos. Allí les dicen los aborígenes que hacia el Sur está el reino de las Amazonas, mujeres indias que viven sin hombres. Surge un nuevo mito que aparece además, en otras regiones de América. Más tarde, en 1542, Orellana hallará en el río Marañón unas indias que lo combaten valerosamente y a las cuales les aplicará tal nombre de Amazonas, apelativo que se ha perpetuado hasta el presente en el gigantesco río, el de mayor caudal en la tierra.

Aumentan las condiciones adversas. Llega la estación de las lluvias que dificultan las marchas y el cruzar de los ríos. Un destacamento mandado por el veterano capitán e intérprete Esteban Martín se ve envuelto en varias refriegas con los indios choques y éste perece. Su muerte conmueve profundamente a los hombres. Spira persiste en avanzar pero lo difícil del terreno lo detiene. No quedan

sino 40 caballos y 100 de los cuales 60 enfermos. Es imposible continuar, aunque Spira cría que estaba a “sólo a 25 leguas de lo que con tanto trabajo y muertes de cristianos anduvo buscando”.<sup>10</sup> En agosto de 1537 decide el regreso. En mayo de 1538 llegan exhaustos a Coro, después de tres años de indecibles privaciones, los sobrevivientes con las manos vacías y cubiertos de harapos. En los caminos habían quedado 340 hombres.

El resultado desastroso de su expedición no desanima a Spira. Creyendo que poco faltó para descubrir a otro Perú, sólo pensaba en organizar otra nueva jornada. Pero cuando ya tenía todo listo para salir, a muerte lo alcanza el 11 de junio de 1540 en la misma ciudad de Coro.

#### NICOLÁS FEDERMAN

En octubre de 1537 se cumplían dos años y medio de la partida de Spira sin que se tuviese ninguna noticia de él. Por lo tanto, resuelve Federman marchar en busca de su jefe a fines de ese año. Su ejército se compone de 300 hombres y 130 caballos. Sigue en general los rastros que dejó Spira, aunque otras veces, nuevos caminos. A comienzos de abril de 1538 cruza el Apure, en el cual encuentra huellas de Spira a ya regresaba. Al parece, ambos eludieron encontrarse. Federman continuó rumbo al Sur-Oeste a lo largo de las faldas de los Andes, tanteando continuamente caminos para lograr pasar al otro lado. En febrero de 1539 llegaba al río Ariari, donde los indígenas poseen muchos objetos de oro que según informan proceden de la vertiente occidental de la cordillera. Determinóse Federman a tramontarla. En 40 días a través de tierras yermas y del gélido páramo de Sumapaz, llega al valle de Fosca. Allí recibe un terrible desengaño al enterarse que todo el riquísimo territorio Chibcha tan buscado, estaba ocupado desde hacía dos años por españoles provenientes de Santa Marta al mando del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada. Sus esperanzas de apoderarse de un rico imperio se derrumbaban estrepitosamente.

---

<sup>10</sup> Jorge Spira al Emperador, 15 de enero de 1539. A.G.I., *Sto. Domingo*, leg. 201.

Saliendo en abril de 1536 de Santa Marta en busca de un camino para ir al Perú, Jiménez de Quesada había remontado el río Magdalena con 600 hombres por tierra y 200 embarcados, y después de considerables dificultades y de haber mermado su gente en dos tercios, en marzo de 1537 había logrado subir a la meseta Chibcha. La ocupación de la tierra se efectuó en pocos meses. Los conquistadores obtuvieron un opulento botín en metales y piedras preciosas. En Somondoco, tierra de las esmeraldas de Muzo, se cogieron 7.000, varias de gran valor. En Tunja, especialmente en su templo, el más renombrado de los Chibchas los ídolos, ornamentos y joyas valieron más de 170.000 pesos y se tomaron 1.815 piedras preciosas. En los de Sogamoso y Duitama, 30.000 pesos. El despojo del zipa de Bogotá fue menor, con solo 3.100 pesos en oro y esmeraldas. Cuando se repartió el botín en junio de 1538 se halló un total de 247.000 pesos en oro de varias calidades, más las esmeraldas.<sup>11</sup>

Federman comprendió que había llegado muy tarde y que nada podía reclamar ni del territorio ni del tesoro. Dejó los 160 hombres y 70 caballos que le quedaban en Bogotá, con lo cual incrementó apreciablemente su población, y regresó a España.

Como es fácil suponer, el hallazgo de tan considerable tesoro, aunque muy inferior al obtenido en el Perú, acicateó poderosamente las apetencias de esa generación de conquistadores y de las subsiguientes, y les hizo concebir grandes esperanzas de seguir descubriendo en otras comarcas de la América Meridional, reinos similarmente abundantes en oro.

Poco después de Federman, en mayo de 1539, llega a Bogotá Sebastián de Belalcázar, quien, estando en Quito, había tenido noticias de las grandes riquezas Chibchas y había emprendido su busca. He aquí a otro defraudado que había arribado a la meta con demasiado retardo. Si lo mencionamos es porque él fue quien dio origen al nombre de El Dorado, el cual difundieron sus hombres. Al efecto, hallándose Belalcázar en Quito en 1534, los indígenas del lugar le hablaron de que hacia el Norte habitaba un príncipe indio muy poderoso y rico. Gonzalo Fernández de Oviedo nos ha dejado una descripción elocuente e insuperable que citamos textualmente: “Preguntando yo por qué causa llaman aquel príncipe el

---

<sup>11</sup> Raimundo Rivas. *Los Fundadores de Bogotá*. Pág. CVII, Bogotá, 1923, 1938-9

cacique o rey dorado, dicen los españoles que en Quito han estado, que de lo que de esto se ha entendido de los indios es que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molida. Porque le parece a él que traer otro cualquier atavío es menos hermoso, e que ponerse piezas o armas de oro labradas de martillo o estampadas, o por otra manera, es grosería e cosa común, e que otros señores o príncipes ricos las traen cuando quieren. Pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e más costosa, pues lo que se pone un día por la mañana, se lo quita e lava en la noche, e se hecha e pierde en tierra; e esto hace todos los días del mundo... Así que este cacique o rey dicen los indios que es muy riquísimo e gran señor; e que con cierta goma o licor que huele muy bien, se unta cada mañana, e sobre aquella unción asienta e se pega el oro molido o tan menudo como conviene para lo que es dicho, e queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pié hasta la cabeza, e tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un grand artífice”<sup>12</sup> Hasta aquí Oviedo.

Es fama que cuando Belalcázar escucho esta historia exclamó: “¡Pues vamos a buscar este indio dorado!” Tal fue el origen de esta designación que no tardó en difundirse universalmente y que ha perdurado hasta hoy. Así, este nombre primero designó al cacique de Guatavita, luego su reino, y olvidando su verdadero origen, ha quedado hasta hoy para designar todo país al cual se atribuyen enormes riquezas.

Huelga decir que tal príncipe nunca fue visto ni hallado por los conquistadores y que el hecho parece que ocurrió en épocas anteriores a la llegada de los hispanos a América, en ceremonias o ritos que practicaban los caciques de la región de la laguna de Guatavita, ya que las lagunas eran lugares sagrados para los Chibchas.

Con este episodio termina la primera fase de la leyenda de El Dorado, en que éste era designado como Provincia de Meta. Podemos palpar que lo que se llamó con este nombre no era un mito sino una auténtica realidad: el reino de los Chibchas o Muiscas. Desde el lado de Venezuela recibió esta denominación porque el caudaloso río Meta a cordillera Oriental de los Andes colombianos justamente en

---

<sup>12</sup> G. Fernández de Oviedo y Valdés. *Ob. cit.*, t. V, pág. 236. 3ª edición, Madrid, 1959.

la intermediación de la meseta Chibcha, y por su cauce, a la par que el comercio entre sus moradores y los Muiscas, descendían las noticias de las grandes riquezas y la avanzada cultura de éstos hasta el Orinoco y sus bocas, donde las recogieron los de Cubagua y los margariteños, quienes la transmitieron a Ordaz, Ortal y Sedeño.

#### FELIPE DE HUTTEN

La segunda fase de la busca de El Dorado la emprende Felipe de Hutten, el último Gobernador de los Welser en Venezuela. Ya sabemos que Jorge Spira, su predecesor, había preparado una nueva jornada y que estaba a punto de partir cuando murió. Iba en busca de la Casa del Sol y del cacique El Dorado, de quien hablaba Belalcázar cuando llegó a Bogotá y cuya noticia trajo a Coro el capitán Pedro de Limpias, quien acompañó a Federman en su viaje a la meseta bogotana. Se puso al frente de la nueva empresa Hutten, un joven capitán alemán de 30 años, que había acompañado a Spira en su expedición y que por lo tanto conocía el camino por dura experiencia mejor que nadie.

Parte de Coro el 1º de agosto de 1541 con 100 hombres a caballo y algunos a pie. Sigue la misma vía al Sur-Oeste que recorrió con su jefe Spira. Después de año y medio de marchar, en la navidad de 1542 penetra en las tierras montuosas de los indios choques, muy belicosos, con los cuales tiene constantes guazábaras. Los indios hablan de que más abajo hacia el Sur está el reino de Cuarica, poblado por las Amazonas. Mientras la mayoría de su tropa reposa en la comarca de los indios Guaipíes, Hutten con la mitad de su gente parte para explorar la de los indios Omeguas, esbeltos, muy veloces, forzudos y belicosos, que moraban en las selvas amazónicas en grandes poblados. En este momento se encontraban a 1.500 kilómetros de Coro, en el extremo Sur de los llanos neo-granadinos, posiblemente en la región selvática y cenagosa del río Caguán y de la mesa de Pardaos. Consideró Hutten que no disponía de fuerzas suficientes para habérselas con tribu tan poderosa, y a principios de 1545 resuelve volverse a Coro para retornar luego con tropas más numerosas. Su lamentable fin es muy conocido: al llegar a las cercanías de El Tocuyo entró en conflicto con Juan de Carvajal, el cual lo mandó a decapitar en mayo de 1545.



La expedición de Hutten es la segunda en que se habla de buscar El Dorado con esta designación específica, que luego se aplicará a otras de la misma índole. Como consecuencia de su jornada nace y se difunde otra forma del mito: el reino poderoso de los Omaguas u Omeguas, y el opulento cacique Cuarica, los cuales tendrán gran atractivo para las expediciones que vendrán después.

Los resultados infructuosos de todas las expediciones que hasta entonces se habían lanzado en busca de El Dorado, tanto desde Maracaná como desde Coro, desanimaron a los conquistadores residentes en Venezuela, quienes prefirieron dedicarse a la tarea más realista y menos arriesgada de poblar y colonizar el país.

### DIEGO FERNÁNDEZ DE SERPA

Sin embargo, una nueva tentativa ocurriría en 1549, pero esta vez la iniciativa vendría de fuera. En dicho año, después de residir en Cubagua, Nueva Granada, Quito y Perú, recaló en Santo Domingo el capitán Diego Fernández de Serpa. Proyectaba dedicarse a pasar ganado de Margarita a Nueva Granada, pero desistió para proponer a la Audiencia de Santo Domingo el descubrimiento, conquista y población de la provincia de Guayana. Accedió aquella y el 3 de agosto de 1549 fue nombrado capitán de esa conquista, para la cual reunió 500 hombres, 180 caballos, 200 reses y 500 ovejas, con un gasto de más de 25.000 pesos.

Ya se encontraba Serpa en Maracapaná aprestándose para salir cuando recibió una Provisión de la aludida Audiencia fecha 20 de octubre de 1549 en que se le ordenaba suspender la jornada en mientes. ¿A qué se debía esa suspensión inesperada que le acarreaba ingentes daños puesto que había invertido elevados caudales para llevarla a cabo?

En 1547 se había desatado en España una violenta polémica entre Juan Ginés de Sepúlveda y fray Bartolomé de las Casas. Pretendía el primero probar que las guerras contra los indios eran justas; a lo cual oponía Las Casas que esas guerras eran crueles e injustas, y que debían cesar por lo tanto todas las conquistas y entradas. Después de agria y prolongada polémica, triunfó en el Consejo de Indias la tesis de Las Casas (3 de julio de 1549) y aquél ordenó a las Gobernaciones de

América que no se emprendiesen desde ese momento en adelante nuevas conquistas.<sup>13</sup>

Esta prohibición rigió por diez años hasta que al fin fue levantada por real cédula de 15 de julio de 1559, por las razones que expondremos en breve.

### PEDRO DE URSÚA

Por el año de 1550 llegaron al Perú, remontando el río Amazonas, unos indios del Brasil e informaron al Virrey del Perú, Marqués de Cañete, que en su viaje habían atravesado un país mejor y más rico que el Perú, con muchas poblaciones abundantes en oro y plata, país que en el Perú supusieron ser el de los Omaguas. Estas noticias alborotaron a las gentes del país, de manera que eran muchos los que querían salir a su búsqueda, pero la prohibición aludida se los impidió. Pero el año de 1558 existía en el Perú gran cantidad de soldados ociosos y descontentos, antiguos rebeldes, que era factible pudiesen tramar nuevas rebeliones. Esta circunstancia influyó para que el Gobierno de Madrid suspendiese la prohibición vigente y recomendase al Virrey del Perú emprender jornadas de descubrimiento para así deshacerse de la gente ociosa.

Las noticias aportadas por los indios del Brasil ocho años antes dieron origen a dos expediciones sucesivas: la primera fue la del capitán Pedro de Ursúa, a quien en 1559 el Virrey del Perú envió a la conquista del supuesto país de los Omaguas, de quienes había hablado Hutten. Saliendo de Chachapoyas, ciudad de las vertientes amazónicas del Perú, se encaminó por las vías fluviales al río Marañón, cuyo curso siguió hasta el Océano Atlántico. Pero aunque esta jornada se inició para buscar El Dorado, bien pronto quedó desviada de sus fines primeros, pues el vesánico y cruel Lope de Aguirre asesinó a su jefe Pedro de Ursúa, se alzó con la hueste contra la monarquía española con el propósito de regresar al Perú y apoderarse de ese rico país, y no se ocupó más del tal Dorado. Por esa razón se sale del marco de este estudio y prescindimos de ella.

---

<sup>13</sup> Lewis Hanke. *La Lucha por la Justicia en la Conquista de América*. Pág. 315. Buenos Aires, 1949.

## MARTÍN POVEDA

La segunda jornada, aunque no transcurre en tierras venezolanas, la hemos de mencionar forzosamente por la gran influencia que tuvo sobre expediciones subsiguientes que sí nos conciernen.

En 1566 el capitán Martín Poveda, desde el Norte del Perú, se lanza a una nueva jornada en demanda de los fabulosos Omegas. En la misma ciudad de Chachapoyas, base de operaciones, residía don Pedro Maraver de Silva, quien se alistó en ella. Pasados los Andes, tomaron la ruta del Norte, primero a través de densos bosques tropicales y luego, de dilatados llanos; pero como siempre, la gente que encontraban era tan poca y tan escasa que empezaron a morir, y para no perecer todos tomaron el camino de San Juan de los Llanos y de Bogotá, a donde llegaron después de más de 1.500 kilómetros de penosa odisea. Los indios del trayecto les informaron que en las márgenes de un río llamado Barraguán -que no es otro sino el Orinoco- y del Meta, había gente muy opulenta con mucho oro y plata. En el camino habían encontrado unos aborígenes que tenían buenos pueblos y bien construidas casas, labranzas y vida organizada, lo que tomaron por indicios de la cercanía de alguna buena tierra con abundantes riquezas. Además, supieron que por allí existían unas minas de plata. Al llegar a Bogotá, Maraver de Silva y su compañero el capitán Diego Soletto esparcieron estas noticias.<sup>14</sup> Las ambiciones latentes fueron reavivadas, y una verdadera fiebre del oro cundió por todo el país. No tardaron en organizarse importantes expediciones. El año de 1569 fue especialmente pródigo en ellas, tres de las cuales nos conciernen señaladamente.

## PEDRO MARAVER DE SILVA

El 15 de mayo de 1568 nuestro ya conocido capitán Pedro Maraver de Silva capituló con el rey Felipe II la conquista, y población de las provincias de Omaguas y Omegas y el Quinaco, que él llamó La Nueva Extremadura, con una extensión de 300 leguas de longitud y latitud, que se habían de contar pasadas las

---

<sup>14</sup> Documentos en A.G.I., *Patronato* 2-1-2 y 1-3-27/18

provincias de Guayana y Caura concedidas en la misma fecha a Diego Fernández de Serpa, o sea al Sur de ellas. Ello significaba que la Nueva Extremadura se ubicaba en el corazón del continente, entre el Amazonas y el Norte del Alto Perú, hoy Bolivia, región de grandes ríos y densas selvas tropicales, que aún hoy, después de cuatro siglos permanecen casi vírgenes. Solamente el completo desconocimiento de la geografía de Sur-América, de las dimensiones verdaderas y de las características físicas de ésta, puede explicarnos que se pensase entonces en hallar en la zona escogida, reinos indígenas populosos y ricos. Igual ignorancia revela el itinerario que se eligió para encaminarse a ella.

En efecto, decidió Maraver desembarcar en Borburata y dirigirse al Amazonas, límite Norte de su Gobernación, a través de nuestros llanos y de las espesas selvas amazónicas, o sea, un recorrido de más de 1.500 kilómetros. El 3 de mayo de 1569 partió de España con 400 soldados en tres naves. Desembarcó en Borburata en junio, pero halló que había entrado ya la estación lluviosa durante la cual los llanos son intransitables. A esto se agregó una grave enfermedad que padeció. Esta obligada dilación tuvo efectos nefastos en su gente, que se dispersó en gran parte, de manera que cuando quiso salir a atravesar los llanos en diciembre del mismo año, solo pudo reunir unos 50 hombres; los cuales al experimentar las inevitables penalidades que implica tal viaje, se negaron a seguir adelante y se fueron a Barquisimeto. Abandonado por su gente, a Maraver de Silva sólo le quedó volver al Perú. Buena parte de sus hombres quedó en Venezuela, y un contingente de unos 40, conducidos por el renombrado capitán Garcí González de Silva, su sobrino que lo había acompañado en la empresa, pasó a la recién fundada Santiago de León de Caracas a reforzar su vecindario.

### DIEGO FERNÁNDEZ DE SERPA

El fracaso de la tentativa de Diego Fernández de Serpa de penetrar en la Guayana en 1550 no apartó de su mente el propósito de llevarla a cabo. Tan pronto como dispuso de los medios necesarios se trasladó a España y allí logró firmar una capitulación con el rey Felipe II, fechada el 15 de mayo de 1568, para la cual se le concedía la Gobernación de la Nueva Andalucía, nombre que dio a un inmenso

territorio que comprendía las provincias de Guayana y Caura y se extendía entre el Orinoco y el Amazonas, más la porción comprendida entre dicho Orinoco y el Morro de Uñare, en la boca del río de este nombre, con una extensión de “300 leguas de longitud el río arriba y Uriapari (Orinoco)”, como dice textualmente la Capitulación, y otras tantas de latitud hacia el Sur hasta el Amazonas.

Después de varias peripecias, en octubre de 1569 desembarcó en Cumaná de tres bajeles un lucido contingente de 280 hombres, la mayor parte de ellos casados y con hijos. Luego de reconstruir a Nueva Córdoba -apelativo que entonces ostentaba Cumaná- y de fundar a Santiago de los Caballeros a orillas del Neverí, a principios de mayo de 1570 emprendió la travesía de los llanos en dirección de Cabruta, a orillas del Orinoco, para invernar allí y luego penetrar en Guayana. El día 10 de ese mes los aborígenes el tienden una emboscada y logran aniquilar su ejército: mueren el Gobernador, dos capitanes y 74 soldados; unos 40 logran salvarse y se refugian en Santiago de los Caballeros, muy maltrechos.

La fugaz y abortada empresa de Fernández de Serpa a El Dorado, pese al desastre que le acaeció, sin embargo dejó un saldo concreto y positivo: la provincia de Nueva Andalucía. La cual en definitiva quedó reducida al territorio situado al Norte del Orinoco, y por la costa desde el delta de éste hasta la boca del río Uñare, pues los sucesores que reemplazaron, a causa de las condiciones precarias y de la pobreza que padecieron, fueron incapaces de ocupar el vastísimo territorio entre el Orinoco y el Amazonas que le había sido otorgado.

### GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

Aunque no se desarrolla en nuestras tierras, hemos de mencionar obligadamente la tercera de las jornadas emprendidas en 1569, por el influjo determinante que tuvo sobre otras que vinieron luego y que sí nos atañen.

El Mariscal Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador de Nueva Granada y fundador de Bogotá, a los 60 años soñó con repetir sus hazañas y conquistar el quimérico reino de El Dorado. Ya en 1560, al enterarse de que habían sido nuevamente permitidas las entradas por la real cédula de 15 de julio de 1559, pide que le dé la jornada de El Dorado, supuestamente situado en los llanos al Este de la

serranía de Nueva Granada. Por causas que ignoramos, el proyecto no pudo realizarse entonces, pero cuando llegaron a Bogotá Poveda, Maraver de Silva y Soletto en 1566, con fantásticas noticias de posibles reinos indígenas con riquezas abundantes, se avivaron sus ambiciones y obtuvo el 26 de noviembre de 1568 orden del Monarca para que la Audiencia de Santa Fe le concediese la Gobernación que ambicionaba, con el rango de Adelantado. Después de muchas gestiones, el 21 de julio de 1569 capitula con la Audiencia el descubrimiento y conquista del imaginario reino, y se le nombra por dos vidas, la suya y la de su sucesor, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Pauto y Papamene en los llanos, con 400 leguas de extensión en longitud y latitud. Palpamos la magnitud del desconocimiento que entonces existía de la verdadera geografía de Suramérica, como ya lo hemos mencionado, al comprobar que el territorio cedido a Jiménez de Quesada se extendía hacia el Este hasta el río Esequibo y por el Sur a unos 500 kilómetros al Sur del Amazonas, de manera que se superponía al de Serpa que alcanzaba por el Oeste hasta la mitad del curso del río Meta, y a parte del de Maraver cuyos linderos Norte estaba en el Amazonas. Es la expedición más poderosa y mejor provista que se ha organizado. Cuesta 150.000 ducados, y lleva 300 españoles, 1.500 indios y negros de servicio, 1.100 caballos, 600 vacas, 800 cerdos y abundantes provisiones. Partiendo de Bogotá a fines de diciembre de 1569 y llevando como guía al capitán Soletto, durante tres años recorrió las inmensas sabanas de los llanos entre el Sur del Orinoco, el Casiquiare y el Caquetá “sin haber poblado ni hallado cosa alguna que descubrir, sino montañas y grandes ríos en tierras enfermas e inhabitadas” según sus propias palabras. No hallaron mantenimientos sino algunos tubérculos y raíces y escaso maíz. La jornada terminó en un tremendo descalabro. De la numerosa tropa sólo retornaron con vida 35 o 40 españoles, 4 indios y 18 caballos. Más de 1.700 personas habían perecido por el hambre y los excesivos trabajos e infortunios que sufrieron. ¡Una verdadera hecatombe!

Tan colosal fracaso y tantas calamidades como le ocurrieron a Jiménez de Quesada no atenuaron en lo más mínimo sus intenciones de proseguir tras El Dorado. Fue necesario contenerlo para que no saliese a otra jornada; luego firmó

dos capitulaciones con sendos capitanes para que la hiciesen en su nombre, y por último al morir en 1579, nombró por su sucesor en segunda vida al veterano soldado capitán Antonio de Berrío, marido de su sobrina doña María de Oruña, hija de su hermana doña Andrea, con la recomendación de proseguir las búsquedas. Personajes que no tardaremos en encontrar nuevamente.

## FRANCISCO DE CÁCERES

Los sobrevivientes del desastre de Fernández de Serpa en Cumaná se dispersaron por las Gobernaciones vecinas de Venezuela y Nueva Granada. Entre quienes pasaron a ésta se contaba el capitán Francisco de Cáceres, hijodalgo aragonés, curtido soldado de las guerras de Carlos V, valeroso, tenaz y emprendedor, profundamente convencido de la existencia de El Dorado, cuya búsqueda fue la obsesión de toda su vida.

Llegado a Nueva Granada en 1570, ya para 1572 lo encontramos realizando una entrada a los llanos, región que estaba concedida, como hemos visto, a Jiménez de Quesada. Sin duda por esta razón no había tratado de obtener ni cédula real ni licencia de la Audiencia de Santa Fe para ejecutarla. No obstante, con un puñado de amigos suyos, penetró en ellos y fundó un pueblo que llamó del Espíritu Santo. Pasaron grandes trabajos y hambres, murió gente, y el mismo Cáceres estuvo a punto de perecer, a lo cual se agregaron las dificultades con la Audiencia por la falta de autorización. Desalentado, Cáceres abandonó la fundación y pasó a España a recabar se le diese aquella conquista. Convino Felipe II y por cédula del 2 de noviembre de 1573 ordenó a la Audiencia tomase asiento y capitulación con Cáceres para que pudiese llevarla adelante. Alegando que Cáceres había emprendido su entrada anterior sin licencia, aquélla se negó a cumplirla. Pero Cáceres tenía un padrino poderoso en la Corte que le allanaba todas las dificultades: su hermano Alonso de Cáceres, quien desempeñaba cargos importantes cerca del Monarca, entre ellos su Secretario para los asuntos de Italia. Así logró Cáceres el perdón real y una cédula de 4 de agosto de 1574 para que la Audiencia no le pusiese obstáculos y lo ayudase. El 5 de marzo de 1575 firmó la

capitulación en Santa Fe, por la cual se le otorgaba la Gobernación del Espíritu Santo, situada al Este de Guatavita y Guachetá, en los llanos, con un área de 200 leguas de diámetro y en circunferencia de la mano derecha y de la izquierda, siempre que no entrase en lo descubierto y poblado por terceros. Al mismo tiempo se le daba el rango de Gobernador y Capitán General de la nueva provincia.

Con un gasto de 5.000 pesos equipó 135 hombres de a pie y a caballo y en junio siguiente se dirigió a los llanos del Espíritu Santo, muy posiblemente ubicados entre el Meta y el Casanare, en busca del reino de Cuarica, ya mencionado por Hutten.

Los aborígenes le dieron frecuentes refriegas, en que mataron e hirieron algunos soldados y los pusieron en tanto aprieto, que tuvieron que construir un fuerte, al que llamaron de la Navidad. Con las eternas Noticias de la existencia de ricas provincias anduvo peregrinando en su busca, haciendo muchas salidas. Sólo hallaron tierras enfermizas, grandes ríos, y anegadizos, soportaron intensas lluvias y sufrieron muchos trabajos y escasez de alimentos. Algunos soldados se amotinaron, y se le huyeron más de la mitad, quedándole sólo 56. Acabadas las provisiones y los pertrechos de guerra que llevaban, perdidos los caballos, unos por muerte y otros matados para satisfacer el hambre, ante el fracaso completo de la jornada, Cáceres fue a refugiarse en la ciudad de Pamplona. Allí anima a sus hombres a proseguir, gasta 1.000 pesos en aviarse y engancha 40 soldados. Se encamina a un sitio en el camino de Cristóbal a Mérida denominado Valle de La Grita, en territorio del corregimiento de Tunja, y allí funda como capital de su Gobernación ciudad del Espíritu Santo de La Grita el año de 1576. De esta manera violaba flagrantemente su capitulación de no penetrar en lo ya descubierto y poblado y nuevamente surgió grave colisión con la Audiencia de Santa Fe, pero gracias a la mediación de su influyente hermano, el territorio ocupado por él quedó anexado a su Gobernación. Posteriormente pobló a Altamira de Cáceres, hoy Barinas, y otras poblaciones.<sup>15</sup>

Pero su descalabro en aquellos llanos y los de sus predecesores no extinguen en

---

<sup>15</sup> Autos sobre la Gobernación de Espíritu Santo de la Grita que se dio al capitán Francisco de Cáceres. A.G.I., *Patronato* 1-1-1/27.



Francisco de Cáceres sus ambiciones de dar con El Dorado.

En carta al Rey de 6 de febrero de 1584 explica los motivos que lo impulsan: “Tuve relación muy cierta por diversas partes de una tierra de grandes poblaciones de indios y noticia de mucha riqueza que algunos llaman las provincias del gran Cuarica, otros llaman la Guayana y otros dicen que es El Dorado”<sup>16</sup>. A descubrir esas partes remotas, sale enseguida, de San Juan de los Llanos, hacia las grandes sabanas, que median entre los ríos Meta y Guaviare, en compañía del capitán Francisco Aguilar Calderón. Su hueste se componía de 160 hombres, cerca de 600 indios de servicio y varios centenares de caballos. En los preparativos gastó 20.000 pesos. A consecuencia de los grandes trabajos que padeció, Cáceres enfermó tanto que tuvo que regresar a Santa Fe, donde estuvo a punto de morir. No obstante, tan pronto como mejora, procura se le dé socorro para volver a donde había dejado sus hombres.<sup>17</sup> A este tiempo llega nueva de como ellos habían penetrado en una comarca de gente belicosa y muchos indios, y en un encuentro han caído el capitán Artigas y 20 o 30 soldados. Por lo cual la jornada se desbarata y los sobrevivientes se retiran a San Juan de los Llanos.

Este grave revés tampoco apagará en el ánimo de Cáceres sus incontenibles propósitos. De nuevo en 1587, no obstante su pobreza y enfermedad, prepara una nueva salida. Envía poderes al capitán Jerónimo Baquedano a la Isla Margarita para hacer gente y entrar por el Orinoco hacia arriba a encontrarse con él que bajaría desde Nueva Granada, y de allí pasar a Guayana “por ser provincia de mucha suma de oro y plata, encima y debajo de la tierra, y cosa de grande importancia”, según sus proféticas palabras. Al parecer tales proyectos no pudieron cumplirse. La muerte atajó los pasos del esforzado capitán.

#### ANTONIO DE BERRÍO

Dejamos dicho que el Adelantado Jiménez de Quesada al morir nombró como su sucesor en segunda vida de la Gobernación de El Dorado, al capitán Antonio de Berrío, marido de su sobrina doña María de Oruña, a los cuales también dejó como

---

<sup>16</sup> Francisco de Cáceres al Rey. 6 de febrero de 1584. A.G.I., *Santa Fe*. Leg. 88.

<sup>17</sup> Petición de Francisco de Cáceres de la Audiencia de Santa Fe. 18 de abril de 1587. A.G.I., *Aud. De Santa Fe*, leg. 89.

herederos de todas sus encomiendas, repartimientos y bienes.

Era el capitán Berrío, oriundo de Segovia, recio soldado de poco más de 50 años, con larga hoja de distinguidos servicios en las guerras de España en Europa. Cuando supo la muerte del Adelantado, tan pronto como pudo vino en 1581 a Bogotá a tomar posesión de su rica herencia; el mismo año comienza las gestiones para que se le reconozca como sucesor de Jiménez de Quesada en sus concesiones, lo cual consigue el 11 de octubre de 1581, con las mismas estipulaciones establecidas para éste.

Reúne 100 hombres de los cuales se le huyeron 20, 500 caballos y bastantes provisiones de boca y de guerra. En enero de 1584 inicia la jornada de los llanos, siguiendo el río Casanare. Al cruzar el Meta los aborígenes le informan que cerca del río Guaviare hallará unas montañas muy elevadas y con mucha población. Encaminándose hacia el sitio a través de grandes ríos y pantanos, a fines de abril alcanza a divisarlas al otro lado del Orinoco, en su margen derecha. El comienzo de la estación lluviosa lo obliga a permanecer allí cuatro meses. Cuando se dispone a partir, unos indios hostiles que captura le dan una noticia que tendrá grandes proyecciones en el futuro: “Que en subiendo a la cordillera que teníamos cerca veríamos una laguna grande que se llamaba Manoa, la cual hemos sabido por cierto que es laguna de agua salada y muy grande de su extremo, y que la tardan en pasar los indios en canoa tres días. Dicen que en pasando esta laguna duran las grandes provincias de Guayana hasta el Marañón. Dicen los indios que se tardará ir desde Manoa al Marañón dos lunas”.<sup>18</sup> El verdadero origen del vocablo Manoa lo da el P. José Gumilla, quien afirma que en la laguna achagua de los aborígenes de la comarca, Manoa significa laguna o lago.<sup>19</sup>

Este supuesto descubrimiento por Berrío de Manoa como asiento del imperio de El Dorado, convertirá a nuestra Guayana de allí en adelante en el campo de acción de las expediciones que lo persiguen, y constituirá la última morada de la leyenda antes de su extinción definitiva. También los indios de la Guayana Oriental, vecinos de los aruacos de la costa, creían en la existencia de una laguna pletórica

---

<sup>18</sup> A. de Berrio a S. M., 1º de abril de 1587. A.G.I., *Patronato* 254, nº 1.

<sup>19</sup> José Gumilla. *Historia Natural, Civil y Geográfica de la Naciones situadas a las Riveras de Río Orinoco*, t. I, pág. 356. Barcelona, 1791.

de oro. En la relación que escribió Juan de Salas, teniente de Gobernador de Margarita hacia 1570 leemos: “En la provincia de Guayana se tiene mucha noticia de que hay oro, así por los indios aruacos, que vienen a esta isla, como por españoles que acostumbran ir allá a rescatar... Los de Guayana son de la parte de una sierra que está a dos o tres leguas de este pueblo. Pasada aquella sierra, de la otra banda hay muchas poblaciones, que ella no es muy grande, y está una laguna muy poderosa en aquel llano, de más de seis leguas de ancho a otro tanto de largo. Y dentro de ella hay muchas islas de a legua e dos leguas. Hay grandes poblaciones dentro de ella y fuera y en tierra firme. Sácase mucho oro. En tierra firme y dentro de una isla de aquellas está la casa de la fundición donde hacen sus fundiciones. Es muy rica tierra; y los señores que poseen riquezas, en muriendo, mandar echar todos sus tesoros dentro de esta laguna e también mandan que les echen con ellos en las sepulturas alguna parte de estos tesoros”.<sup>20</sup> La fecha de esta relación no es anterior a 1570, pues en ella se menciona a Juan Ponce de León, quien llegó en 1569. Además, para 1562 ya era creencia general entre los moradores del oriente venezolano que El Dorado se hallaba en las provincias de Guayana, como lo atestigua el Cabildo de Nueva Córdoba (Cumaná) el cual al referirse a ellas escribe al Rey “las cuales provincias los que ya viven en estas partes, llaman El Dorado”.<sup>21</sup>

Las informaciones recibidas por Berrío le hicieron creer que al fin había dado con la verdadera comarca donde se encontraba el esquivo El Dorado y todos sus esfuerzos de ahora en adelante se encaminarán a tratar de cruzar esas montañas. Con el propósito de penetrar en ellas, atraviesa el Orinoco y se interna con pocos hombres, pues los demás han enfermado. Al cabo de 10 días de penosa marcha a través de tierras fragosas, regresa sin haber logrado ascender la deseada sierra. Baja por el Orinoco hasta el raudal de Atures. Pero la deteriorada salud de la mayoría de sus hombres, atacada de fiebres, y el temor de un ataque indígena, le imponen la conveniencia de regresar y no arriesgarse más. En abril de 1585 termina la jornada.

---

<sup>20</sup> Relación de lo que Juan de Salas hizo y descubrió en la isla de Margarita... A.G.I., *Patronato*, leg. 71, libro I, fol 169.

<sup>21</sup> Carta del Cabildo de Nueva Córdoba a S.M., 20 de febrero de 1562. A.G.I., *Sto. Domingo*, leg. 71, libro I fol. 169.

Compenetrado de que al fin está sobre la buena pista, Berrío emprende las gestiones para organizar su segunda incursión. Con 120 hombres de a pie y a caballo y con los bastimentos adecuados, sale en marzo de 1587 en dirección a la región de Atures. Pasa a la margen derecha del Orinoco y emprende una serie de tentativas para cruzar las montañas recorriendo sus faldas por muchas leguas pero sin lograrlo pues son selváticas, anchas y rocosas y completamente deshabitadas. Mientras hacía construir unas canoas para bajar por el Orinoco, uno de sus capitanes, Gonzalo Pina Ludueña, huyó con la mayoría de los hombres, lo que obligó a Berrío a regresar después de 28 meses de andanzas.<sup>22</sup>

Vencidas muchas dificultades y dilaciones logra partir Berrío en su tercera salida en marzo de 1590. Conduce 112 hombres, 20 canoas, 220 cabalgaduras y otros avíos, más los indios y negros de servicio. Por el Casanare y el Meta entra al Orinoco. Tras una infructuosa tentativa de atravesar la cordillera que dura cuatro meses, acampan en la región del río Cuchivero para invernar. Allí prosigue los intentos de cruzar las montañas, pero nada logra. Entre tanto se agotan las provisiones y como la región está despoblada por las incursiones de los indios caribes y no se obtienen alimentos, ocurren numerosas muertes por hambre. Además, muchos se fugan. Aun se lanza a nueva tentativa pero nada consigue. Resuelve echarse por el Orinoco abajo hasta la provincia del Caroní, donde según noticias que le dan había certeza de que allí terminaban las montañas y comenzaban las provincias de Guayana, detrás de las cuales estaban las de Manoa, El Dorado y otras. Habiéndosele muerto o huido las dos terceras partes de su tropa, determina matar todos los caballos para tasajo y todo lo embarca en cuatro canoas (septiembre de 1591). Navega por el río abajo hasta el Caroní y la provincia del Cacique Morequito donde acampa dos meses. Allí le hacen saber los indios que a cuatro días de viaje al interior hallará grandes ciudades y riquezas. Pero con los 50 soldados que le restan, la mayoría enfermos, no puede pensar en acometer el viaje. Después de esperar en vano los socorros pedidos a la Isla de Margarita, se dirige a esa isla, haciendo escala en octubre de 1591, en la Isla de Trinidad, y la explora.

---

<sup>22</sup> Cartas de Berrío a S.M., 1º de abril de 1587. A.G.I., *Patronato*, 254, nº 1. 1º de enero de 1593. A.G.I., *Escribanía de Cámara*, 1011-A, pieza 8ª

Reconoce su importancia como base de penetración hacia la Guayana.

Pese a la oposición y dificultades que le pone el Gobernador de Margarita, don Juan Sarmiento de Villandrando, Berrío se ocupa activamente de reconstruir su tropa. Alista gente en Margarita y pide refuerzos al Gobernador de Venezuela Diego de Osorio, que le envía hombres y pertrechos. Allí logra asegurarse la colaboración, que más tarde habría de resultarle nefasta, de un hombre muy activo y hábil pero de desequilibrado juicio y de responsabilidad insuficiente, Domingo de Vera e Ibargoyen. Despacha éste a Trinidad para poblarla y fundar allí a San José de Oruña en mayo de 1592, con el fin de utilizarla como escalón hacia Guayana pues su obsesión es El Dorado. En seguimiento de sus propósitos envía a Vera Ibargoyen al Caroní “para acabar de descubrir la entrada a El Dorado y darle vista”, ya que por allí era el camino supuesto. Entre marzo y abril de 1593 remontó Vera el Caroní unas 30 leguas sin hallarlo; solo obtuvo unas pocas piezas de oro. Pero los propósitos de Berrío tropiezan con un gran obstáculo: en diciembre de 1592 ha llegado a Cumaná su nuevo Gobernador, Francisco de Vides; quien en su capitulación con Felipe II para el poblamiento de Nueva Andalucía, trae incluida en su gobernación la Isla de Trinidad que Berrío ya tenía ocupada. Pero éste se niega a desalojarla pese a una real cédula de febrero de 1594, hasta tanto el Rey sea bien informado de la situación. Para defender su causa y buscar refuerzos de gente, en noviembre de 1594 envía a España a su teniente Domingo Vera.

La labor realizada por éste tuvo un éxito extraordinario, mayor que lo esperado. Fray Pedro Simón ha trazado de Vera un retrato vivaz: “Era muy ladino, de buen entendimiento y mayor inventiva para trazas de sus acrecentamientos, a que le ayudaba no poco una persuasión natural que tenía para hacer creer no solo lo que había tocado con las manos, pero aun lo que había cogido al vuelo de noticias mal fundadas”.

Para lograr sus fines paseábase por las calles de Madrid montado en un caballo frisón de gran tamaño y vestido con una gran hopalanda de paño fino de cuatro mangas y gran sombrero de felpa, de manera que nadie dejaba de mirarlo al pasar, y su fama como “indiano de El Dorado” volaba por toda España. Ponderaba constantemente las grandezas y riquezas de Guayana prometiendo a todos los que

le siguieran que los haría opulentos y poderosos. Fue tal el entusiasmo que logró despertar, que aunque Berrío le había encargado alistar 300 hombres, se le juntaron más de 1.500. Veteranos capitanes, aguerridos soldados, gente noble acomodada, clérigos, campesinos que vendieron sus haciendas para sumarse a la expedición y muchos que pagaron para que los llevase.

En lo que toca al pleito con Vides, Vera logra que el Consejo de Indias se percate de que Trinidad está dentro de las 400 leguas concedidas a Jiménez de Quesada, como efectivamente lo está, y declare que por consecuencia pertenece a su Gobernación. Por otra parte, refiere ante el Consejo que “con prudencia y buenos medios acabó de descubrir la verdadera y fácil entrada de la tierra de El Dorado; entró y estuvo la tierra adentro, que según afirma es riquísima, alta, apacible, de grandes valles, de muchos mineros ricos de oro y plata y algunos de hierro y una gran salina”. Con estas razones logra obtener el apoyo del rey Felipe II y que se le dé permiso para levantar y llevar 1.000 hombres con sus familias, que se le fien seis naves llamadas filibotes para llevarlas junto con armas, municiones y bastimentos, y se le presten 26.000 ducados para los gastos, para que “por tan livianas cosas no se deje de ver en lo que para cosa tan grande y deseada como ha sido esta”.<sup>24</sup>

Con un abigarrado conjunto de 1.500 personas entre hombres, sus mujeres e hijos, parte Vera de San Lúcar en febrero de 1596. Al llegar a Trinidad el 10 de abril comenzaron las dificultades. En San José de Oruña, pueblo nuevamente fundado y de pocos pobladores no hay donde alojar tan crecido número de recién llegados. Las provisiones traídas de España se agotan, la incipiente producción agrícola y pecuaria no alcanza para alimentarlos y la gente empieza a padecer hambre, flagelo irremediable que se agrava con el tiempo. El clima tropical, ardiente y húmedo de Trinidad y del Orinoco, incide desfavorablemente en la salud de gentes europeas no aclimatadas y las enfermedades hacen estrago.

Berrío se hallaba en el Orinoco, en Santo Tomé, ciudad fundada por él en diciembre de 1595. Vera empieza a enviarle gente en canoas. En dos ocasiones, en

---

<sup>24</sup> Consulta al Rey, del Consejo de Indias, 7 de septiembre de 1595. A.G.I., *Indiferente Gral.*, leg. 743; *CoDoIn*, 2ª serie, t. 14 pág. 88.

un temporal y luego en un asalto de indios caribes, perecieron todos. Cuando se habían reunido varios centenares de hombres en Santo Tomé, consideró Berrío que ya era posible emprender la jornada para buscar a Manoa. Envía unos 300 de ellos. Al principio se entienden con los indios, luego los violentan para que les den oro; los indios se sublevan y caen sobre los españoles. Unos 270 perecen y los 30 restantes escapan a Santo Tomé. El hambre y las enfermedades hacen estragos en ésta y en Trinidad. Hay motines y fugas. Berrío da permiso a los que quieran partir para que lo hagan. Gran cantidad de personas lo intentan pero perecen en los innumerables caños del delta del Orinoco. En una tremenda hecatombe vino a parar la expedición que trajo de España Vera. De las 1.500 personas que la componían solo sobrevivieron 50 en el Orinoco y 20 en Trinidad. Berrío, aquel hombre de hierro que había resistido con vigor las más grandes privaciones y penalidades, sucumbió de pesadumbre ante el desastre (1597).

#### SIR WALTER RALEIGH

Para proseguir la narración de nuestra historia hemos ahora de retroceder al año 1594. En esa fecha el capitán Georges Popham, uno de los corsarios a las órdenes del famoso aventurero inglés Sir Walter Raleigh, se apodera del buque que lleva a España los documentos y las actas de la toma de posesión de la tierra de Guayana que había fechado Domingo de Vera el 24 de mayo de 1593, en cuyo texto consta lo que los indios informaron de una gran laguna donde nace el Caroní, entrada a El Dorado, y de varias cartas de particulares que hablan del descubrimiento de El Dorado por Berrío y ponderan sus supuestas riquezas y abundancia de oro. Raleigh estaba en desgracia con su soberana la Reina Isabel I. La mejor manera de recuperar su favor sería realizar una brillante hazaña. Las noticias capturadas despiertan en Raleigh la idea de disputarles a los españoles la conquista del fabuloso país y de establecer en él una provincia bajo el dominio inglés.

Partiendo de Inglaterra en febrero de 1595, Raleigh se apodera de Trinidad y al Gobernador Berrío lo hizo su prisionero. Puso proa al Orinoco pero no subió hasta la boca del río Caroní, trayecto ampliamente conocido por los españoles, de manera que nada descubrió. No intentó penetrar al interior y sus ambiciones de hallar grandes tesoros fracasaron. Para reembolsar el dinero que le habían prestado en su país para la empresa, intentó saquear a Margarita, la cual no se atrevió a atacar ante la decidida actitud de sus habitantes. Luego se dirigió a tomar a Cumaná, pero al desembarcar allí, el 24 de junio los cumaneses le infligieron severa derrota. Su compañero Amyas Presión fue más afortunado: saqueó a Caracas y luego a Coro.

En el año de 1596 imprimió en Londres su libro *El Descubrimiento del vasto, rico y bello Imperio de Guayana, con una relación de la grande y áurea ciudad de Manoa*. Por una parte hace gala de una gran precisión geográfica, pero sus datos provienen de Berrío y sus hombres, puesto que él no recorrió el país. Por la otra presenta como verídicas leyendas provenientes de los aborígenes. A. de Humboldt opina de él: “A pesar de las exageraciones de Raleigh, tan poco dignas de un hombre de estado, sus relatos encierran materiales importantes para la historia de la geografía”. El libro tuvo un éxito universal. Pronto fue traducido al latín, alemán y holandés con repetidas ediciones. Divulgó en el mundo culto europeo las maravillas de Guayana y el esplendor de los tesoros atribuidos a El Dorado, esparciendo su fama.

#### LAURENCE KEYMIS

En aquellos años se hablaba mucho de una leyenda que estimuló la busca de El Dorado, tanto en Berrío como en Ralegih. Se decía que cuando Pizarro conquistó el Perú, los príncipes Incas habían huido hacia el Este y el Noreste, y habían establecido su imperio en la mítica laguna cuya capital era Manoa, la cual se hallaba en el interior de Guayana.



Para intentar ubicar a Manoa por otra vía diferente del Orinoco, Ralegh envió a Laurence Keymis en enero de 1596, a explorar los ríos de la costa entre éste y el Amazonas. Como resultado, se llegó a la conclusión de que la fabulosa laguna debía encontrarse en las cabeceras del río Esequibo. Bajo el mando del capitán Berry una embarcación remontó dicho río en diciembre de 1596 y de regreso informaron que los aborígenes decían que a pocos días de viaje de sus cabeceras y del río Rupununi se llega a una laguna llamada Parime en cuyas márgenes se levanta Manoa.<sup>25</sup>

Esta nueva concepción geográfica de la ubicación de la laguna de El Dorado y su nueva denominación son las que prevalecerán desde entonces hasta principios del siglo XIX. En efecto en todos los mapas de la Guayana, desde los de Jodocus Hondius y Theodore De Bry, impresos en 1599, que reflejan las noticias de Raleigh, hasta 1821, aparece entre los ríos Orinoco y Amazonas el lago Parime o Parima, con la ciudad de Manoa o El Dorado en sus riberas.

## LA LAGUNA Y CERRILLOS DE CARANACA

Una nueva, curiosa e inesperada forma tomó la leyenda de El Dorado en Venezuela a finales del siglo XVI.

Por el año de 1590 circulaba por el país la leyenda de las grandes riquezas de la provincia de Los Cerrillos y laguna de Caranaca, que se suponía situada en los llanos, entre los ríos Sinaruco y Meta, en las proximidades del Orinoco. Se decía que cuando los conquistadores españoles llegaron a Coro, una inmensa cantidad de indios Caquetíos, en compañía de su gran cacique Manaure y guiados por él, se retiraron a los llanos del Sur, cruzaron el río Apure y prosiguieron hasta dar con la

---

<sup>25</sup> V. T. Harlow. *The Discoverie of the Large and beautiful Empire of Guaina, by Sir Walter Raleigh*. Introduction, p. XCIV. London, 1928.

laguna de Caranaca y se apoderaron de ella, dejando ocultos allí grandísimos tesoros.<sup>26</sup> Se llegó a creer que allí podía encontrarse El Dorado y la ciudad de Manoa tan buscados en aquellos años. Poca duda tenemos que la laguna que se suponía existir en el interior de la Guayana, influyó para imaginarse la otra de Caranaca.

Entre 1591 y 1600 salieron varias expediciones para alcanzar la supuesta laguna. Infortunadamente, casi toda la documentación tocante a ellas parece haberse perdido. Hasta ahora no hemos podido hallar sino indicios y fragmentos insignificantes, que sólo nos permiten averiguar que tuvieron lugar, sin detalles de lo ocurrido, aunque bien podemos afirmar que terminaron en fracasos, como todas las otras que tuvieron los mismos fines; y que costaron dinero, energías y vidas.

Sin duda unas de las primeras jornadas fue la del capitán Juan Fernández de León, portugués de los fundadores de Caracas. Copiamos a continuación lo que declaran las autoridades de Guanare en el año de 1608: “Juan Fernández de León pidió al Gobernador Osorio comisión para poblar y descubrir Los Cerrillos y la laguna de Caranaca que es muy adentro en los llanos, e hizo relación que para poder hacerlo tenía necesidad de poblar un pueblo en el río Guanaguanare, en una provincia de indios jiraharas encomendados a vecinos de El Tocuyo y a 12 o 13 leguas della para hacer allí escala y comidas y entrar con mejor recaudo llano adentro”.<sup>27</sup> Como consecuencia Fernández de León fundó la ciudad del Espíritu Santo de Guanaguanare el 3 de noviembre de 1591 ilustre ciudad llanera que ha perdurado hasta el presente y hoy es capital del Estado Portuguesa.

El tocuyano capitán Gracián de Alvarado, que acompañó a Fernández de León en su jornada, después hizo por su cuenta tres más, la última en 1597. Andrés Ponce de León realizó otra y Simón Pacheco, hijo de Fernández de León, al parecer un más.<sup>28</sup> El Gobernador de La Grita, Juan Velásquez de Velasco, en enero de 1594 intentaba salir tras la famosa laguna con 120 hombres; pero la llegada de su sucesor Barrantes Maldonado, lo impidió.

Los repetidos y costosos fracasos movieron al rey Felipe III a ordenar en la

---

<sup>26</sup> Fray Jacinto de Carvajal. *Rebelión del Descubrimiento del río Apure*, pág. 315. León, 1892.

<sup>27</sup> A.G.I., *Sto. Domingo*, 54-4-2. *Encomiendas*, t. V, págs. 255-261. Archivo General de la Nación, Caracas, 1949.

<sup>28</sup> *Encomiendas*, t. II, págs. 270-74, t. III, págs. 17-19. Archivo General de la Nación, Caracas, 1930, 1945.

real cédula del 10 de agosto de 1600 dirigida al Gobernador de Venezuela, que se suspenda la conquista de la provincia de los Cerrillos y Laguna de Caranaca y todas las entradas y pacificaciones, hasta darle aviso sobre las causas, conveniencias y motivos que hubiese para que se hagan.<sup>29</sup>

¿Cuáles formaciones geográficas dieron lugar a la creencia de que Los Cerrillos y la laguna de Caranaca fueran ubicados donde se decía estaban? En tiempos de Alonso de Herrera y de Jerónimo de Ortal fue llamado Caranaca un gran río, muy probablemente el Apure. A fines del siglo XVI se designó con el nombre de laguna de Caranaca las grandes inundaciones que se extienden a ambas márgenes del río Sinaruco en la estación lluviosa y que permanecen allí gran parte del año. Al retirarse las aguas quedan tierras pantanosas poco habitables. De manera que no existió allí jamás tal laguna y la creencia en ella tal vez se originó en la persistente leyenda que corría en esos tiempos de que El Dorado estaba a orillas de una de ellas. Los Cerrillos de Caranaca si existieron realmente: Al Norte del Sinaruco están unas galeras o elevaciones; y Codazzi dibuja en su *Atlas* al Sur del curso inferior de este río, los “Cerritos de Sinaruco”. Los aborígenes que moraban por allí no eran caquetíos sino yaruros y otomacos nómades.

### FERNANDO DE BERRÍO

Al morir Antonio de Berrío, recayó la Gobernación de Guayana en su hijo Fernando de Oruña y La Hoz, más conocido como Fernando de Berrío. Aunque éste era muy joven, demostró poseer madurez, dotes de mando y energía. A su lado estuvo Vera e Ibargoyen hasta que en 1599 el Consejo de Indias lo declaró culpable del desastre de la expedición que trajo de España. Entonces se retiró a Caracas donde se encontraba su familia.

Las repetidas frustraciones de los intentos de su padre para dar con El Dorado no desanimaron en lo más mínimo al hijo, quien prosiguió incansablemente durante más de 10 años sus intentos para hallarlo. Durante este lapso realizó más de 18

---

<sup>29</sup> Alonso Arias Vaca a S.M., 26 de abril de 1602. A.G.I., *Sto. Domingo*. 193.

tentativas sin éxito. Obtenía recursos de los bienes de su familia en Nueva Granada los cuales gravó. Para formar su ejército consiguió enganchar gente, principalmente en Nueva Granada, a la cual había quedado adscrita la Gobernación de Guayana.

La documentación que hemos consultado como fuente es relativamente escasa y no permite establecer una cronología precisa de las expediciones, ni tampoco determinar con certeza la ubicación de todos los territorios explorados, en lo cual nos hemos ayudado con el estudio de la topografía de la región.<sup>30</sup> De allí se desprende que Berrío, entre los años de 1598 a 1606 aproximadamente, intentó penetrar al corazón de Guayana ascendiendo desde el Orinoco por los valles de sus afluentes principales, el Caroní, el Caura, el Cuchivero, los cuales en sus cursos inferiores corren por tierras bajas pero después a medida que se sube a las montañas, sus cauces son accidentados, llenos de saltos y raudales, a la vez que la selva tropical que los rodea se hace más densa e intransitable. El sistema montañoso de Guayana vino a ser una barrera infranqueable para las posibilidades de aquellos hombres y fue el motivo de su fracaso en avanzar hacia el Sur, meta de todos sus esfuerzos. Así lo apreció Berrío cuando escribió al rey: “En trescientas cincuenta leguas que ciñe esta primera cordillera el río Orinoco, parece que Dios fundó una muralla y fuerza tan grande, que se puede decir inexpugnable, que todo coje el río a treinta o treinta y cinco leguas de lo más desviado dél”.<sup>31</sup>

Para servir de base a sus entradas por el río Caroní, como ya hemos visto considerado la puerta de El Dorado, comienza Berrío por fundar el pueblo de Los Arias en 1598, en la porción baja de dicho río, región fértil. No transcurre mucho tiempo sin que los indios se alcen y maten a varios españoles. Negándose luego a sembrar la tierra logran que la ciudad sea abandonada.

Considerando Berrío que El Dorado estaba más allá de las elevadas montañas de la provincia de Los Peñones hizo, su primera entrada por allí, después de remontar el Caroní. Identificamos esta provincia con la porción septentrional de la Gran Sabana, fragosa comarca formada por una agrupación de altas mesetas

---

<sup>30</sup> Las fuentes fundamentales que hemos podido utilizar son: F. de Berrío a Diego Suárez de Amaya, 8 de noviembre de 1601, A.G.I., *Sto. Domingo*, 187; el mismo a S. M., 4 de enero de 1604, A.G.I., *Sto. Domingo*, 208; Certificación de servicios expedida por Berrío a Bernabé de Brea, *Encomiendas*, t. V. pág. 96, Caracas, 1949; Diego Suárez de Amaya a S. M., 10 de agosto de 1602 y 24 de mayo de 1605. A.G.I., *Sto. Domingo*, leg. 187.

<sup>31</sup> F. de Berrío a S. M., 4 de enero de 1604, lugar citado.

separadas por profundos valles. Los ataques de los aborígenes y la escasez de alimentos en esas tierras obligan a retroceder a los expedicionarios.

Berrío tuvo noticias de otra comarca Orinoco arriba por donde podría hallar entrada para atravesar las montañas. Se trata de la provincia de los indios Chimeres, que tentativamente identificamos con las tierras bajas del río Caura. Al principio recorrió Berrío sabanas y tierras pantanosas, pero luego tropezó con las asperezas de las montañas y selvas que le impidieron pasar, a lo que se agregó la hostilidad de los indígenas. Entre ellos encontró Berrío “dos mantas pintadas como las del Perú, cueros y cuernos de cabras, y preguntándoles de dónde los habían traído, respondieron que los habían rescatado de unos indios de otras provincias circunvecinas de la tierra adentro que las habían traído de las provincias de Manoa, donde cerca de una gran laguna hay una ciudad que tiene más de tres leguas de largo llamada Manoa, la cual es riquísima oro y plata y otras cosas preciosas”.<sup>32</sup>

La tercera tentativa descubridora se dirigió nuevamente al valle del río Caroní, a la provincia de Los Peñones. Al mando del capitán Martín Gómez iban 100 hombres, 200 caballos y las cargas de bastimentos. A 60 kilómetros de Los Arias dieron sobre los indios Panacayes que les opusieron una resistencia que vencieron. Luego alcanzaron la provincia de Los Peñones, abrupta región que ya conocemos, de numerosas montañas difíciles de pasar. Los indios se negaron a indicarles el camino a través de ellas y su hostilidad y la carencia de mantenimiento los detiene y obliga a retroceder.

No pierde ánimo Berrío ante estas frustraciones. Otra vez manda a su fiel capitán Martín Gómez a renovar las tentativas de penetrar por la provincia de los indios Chimeres, que como dijimos probablemente estaban en el bajo Caura, por ver que por allí “quiebran las montañas y hay un boquerón”. Región bien poblada y de muchos alimentos. Gómez halló la región despoblada por haber huido los indios al monte y talado las siembras. Intenta penetrar en las montañas donde halla gente belicosa. Al cabo de ocho días de camino le dieron una recia pelea, donde

---

<sup>32</sup> Fray Antonio Vázquez de Espinosa. *Compendio y descripción de la Indias Occidentales*, pág. 59. Washington, 1948.

perecieron tres hombres y salieron heridos muchos más. La tierra resultó muy abrupta y de ninguna manera pudieron proseguir.

Persistiendo en sus búsquedas Berrío trata de entrar por otra vía. Al observar que por el río Cuchivero arriba “quiebran las montañas y hay sabanas con pocas elevaciones”, sube por el Orinoco, penetra en aquel río y su afluente el Guaynaima hasta donde dejan de ser navegables y comienzan los raudales. No faltarán los usuales encuentros con los indios, y visto que las lluvias eran copiosas y no se había logrado nada, regresa a Santo Tomé.

Berrío decide renovar la entrada por el Cuchivero, esta vez con caballos, ya que en la ocasión anterior no los llevó. Mientras éstos eran traídos por tierra desde Santo Tomé, sus hombres le pidieron encarecidamente pasar el Orinoco y explorar los famosos Cerrillos de Caranaca, donde se decía había gran población y mucho oro. Cruzado el río, halló unos cinco o seis mil indígenas pobres que no siembran y viven de la pesca. Desengañado, Berrío desiste de avanzar y atraviesa otra vez el Orinoco. Atacado de grave enfermedad que lo obliga a regresar a Santo Tomé, deja encargado del mando al capitán Gaspar de Febrero para que entre a pasar la serranía de ocho leguas de ancho. No encuentran alimentos y el desgano de sus hombres lo obliga a retroceder. Varios hombres se le alzan y se fugan a Caracas y Cumanagotos.

Queriendo Berrío convencerse por sus propios ojos de que era realmente imposible la entrada al Dorado por el río Caroní, emprende la tercera jornada a la provincia de Los Peñones. Llegado allí pudo contemplar la imponente barrera de las grandes mesetas y escarpadas montañas que se interponían en su camino. Determinó lanzarse a atravesarlas pero sus capitanes y soldados consideraron que era una temeridad muy grande y le pidieron desistir.

La última empresa de Berrío de que tengamos noticia es la que dirigió nuevamente al río Cuchivero porque en su opinión era “la entrada más cierta y breve que se sabe” al elusivo reino. Pocos detalles se tienen de ella: sólo sabemos que padecieron trabajos excesivos y hambres que los obligaron a matar los caballos para sustentarse. Cruzaron una sierra y toparon con un río, posiblemente el Suapure, construyeron canoas para navegarlo y se echaron río abajo durante 18 días

al cabo de los cuales fueron a salir al Orinoco. En los raudales naufragaron varias canoas y se ahogaron algunos hombres. Retornan a Santo Tomé al cabo de seis meses con las manos vacías.<sup>33</sup>

De esta forma, un fracaso rotundo coronaba las repetidas tentativas de Berrío por alcanzar El Dorado. Reducido a gran estrechez económica, consintió el comercio ilícito con extranjeros en el Orinoco, lo que ocasionó su destitución en 1612. Trasladóse a España e invocando sus grandes sacrificios y los de su padre y el adelantado Jiménez de Quesada en pro de la Corona, logró hacerse perdonar y que se le restituyese el Gobierno de Guayana en 1619.

Pero no se habían apagado sus viejas ambiciones de alcanzar El Dorado. Todavía persistía la leyenda de Los Cerrillos y laguna de Caranaca y en su busca partió de Santo Tomé a fines de noviembre de 1620 con 60 hombres.<sup>34</sup> Por el Orinoco penetró en el Apure y en sus riberas cogió un indio que le dio noticias de una laguna que estaba cerca de pequeños cerros, con grandes poblaciones donde habían grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas. Avanzó un poco hacia el Sur Berrío y comprobó ser tierra bien poblada. Creyendo así que la información del indio era verdadera, determinó volver en otra ocasión mejor provisto de hombres y recursos.<sup>35</sup> Berrío se dirigió a España para informar sobre la riqueza de Guayana, y pactar nueva capitulación para proseguir los descubrimientos. El navío donde embarcó fue capturado por los moros cuando llegaba a las costas españolas. Lo llevaron a Argel y allí murió en 1622 de una peste que hizo estragos en esa ciudad. En el mismo año su hermano Francisco, que acababa de dejar el Gobierno de la Provincia de Venezuela, pereció ahogado en el canal de Bahamas durante un ciclón antillano.

De esta manera terminaron 50 años de incesante búsqueda por Jiménez de Quesada, Antonio de Berrío y su hijo Fernando. Las exploraciones de este último hacia el interior de Guayana dieron a conocer buena parte de las tierras que se hallan en la margen meridional del Orinoco, desde las porciones bajas hasta donde la densidad de las selvas y lo escarpado de las montañas lo detuvieron. Se

---

<sup>33</sup> *Encomiendas*, t. V, p. 299. Archivo General de la Nación. Caracas, 1949.

<sup>34</sup> F. Berrío a S. M., 16 de noviembre de 1620. A.G.I., *Santa Fe*, leg. 102.

<sup>35</sup> Fray Antonio Vásquez de Espinosa. *Ob. cit.*, pág. 60.

comprobó que si el fabuloso El Dorado existía realmente se hallaría muy lejos en el corazón de la Orinoquia y de la Amazonia, región entonces inaccesible, donde en ningún caso sería factible encontrar un poderoso reino rico y adelantado. La leyenda de El Dorado recibía así un demoledor golpe que la desacreditaba mucho en el pensar de la mayoría. Por largos años no se intentaron nuevas jornadas en su busca. Pero su fama, aunque muy disminuida no se extinguió totalmente, ni entre los españoles ni entre los extranjeros. La laguna Parime y Manoa siguieron apareciendo en todos los mapas de Guayana que se publicaban.

### LOS SUECOS

Atraído por el rutilante renombre de El Dorado, el Barón Tiesenhausen ofreció al Rey de Suecia Federico I, convertir a su país en la nación más próspera del mundo. Al efecto propuso apoderarse de un lugar en las bocas del Orinoco para por allí penetrar a nuestra Guayana hacia las inmensas riquezas que se suponían existir en ella. En unión del judío Simón Abraham formó una compañía de comercio sueca, cuyas gestiones duraron tres años al cabo de los cuales adquirieron la fragata “Fortuna”, y contrataron al Almirante Lorenzo Brander, experto marino, para que la mandase. Para ocultar sus propósitos propalaron que sus objetivos eran comerciar en América. Zarpó la nave de Göteborg en 1731. Después de recorrer las Antillas recalaron en la Guayana Holandesa donde solicitaron un piloto que conociese el Orinoco, que los holandeses evitaron darles.

Al fin, el 6 de abril de 1733, llegó la “Fortuna” a las bocas del Orinoco y penetró en el caño Barima, inmediato a éstas. Hallaron solo primitivos caribes a los cuales regalaron espléndidamente. Durante más de dos semanas estuvieron explorando esas tierras en busca de lugar donde establecerse. No lo hallaron. Son tierras bajas que se anegan en las poderosas crecientes del Orinoco, por lo cual, hasta hoy, permanecen despobladas. Convencidos de su fracaso se retiraron y regresaron a Suecia en agosto del mismo año, donde fueron mal recibidos y cayeron en desgracia, pues no habían podido traer los fabulosos tesoros que habían prometido.<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> Axel Paulín. Skeppet Fortunas expedition till “Wilde Kusten af Södra America”. *Forum Navale*, N° 10 Págs. 38-96.



## NICOLÁS HORTSMAN

Pero lo que desacreditó definitivamente entre los historiadores y geógrafos europeos la existencia real de El Dorado fue la exploración que realizó el cirujano alemán Nicolás Hortsman, natural de Hildesheim, en los años de 1739 y 1740. Inspirado en la información que Laurence Keymis, el teniente de Raleigh, había dado en 1596 de que por el río Esequibo era la vía para llegar a la famosa laguna Parime, penetra por él remonta su afluente izquierdo el Rupununi, y entre éste y el río Maó, que a corta distancia de él pasa hacia el Sur a unirse con el río Branco, a su vez tributario del Amazonas, encuentra sólo el pequeño lago Amukú donde esperaba hallar la vasta laguna con sus opulentas riquezas.<sup>37</sup>

## MANUEL CENTURIÓN

Pero lo averiguado por Hortsman no llegó al parecer a conocimiento de muchos residentes en América. Para el año de 1770 está viva todavía en Guayana la creencia en la mítica laguna Parime y en El Dorado. El Gobernador de la provincia, el progresista teniente coronel Manuel Centurión, cree en ellos y había despachado exploradores por los ríos Paragua y Caura. Un año después, a fines de 1771 se había presentado en Angostura el indio Parauacare, cacique de los indios purucotos, nativos del río Parime (hoy Uraricuera) y dijo a los españoles que él sabía donde está y ha visto el cerro de El Dorado. Se llama Acucuamo y se halla cerca de la laguna Parime. Lo describe en estos términos: “Es un cerro alto, sin más plantas que alguna paja y por todas partes descubre unos conos o pirámides de oro, de una tercia de alto y media de diámetro, otras menores”. Parauacare se ofrecía a guiar a los españoles a la laguna y al resplandeciente cerro. Centurión entusiasmado, decide emprender una exploración a cargo de la real expedición de Parime dirigida por el teniente de artillería Nicolás Martínez. Salidos de Angostura en diciembre de 1771, remontan el Orinoco, penetran en el Caura hasta su

---

Uppsala (Suecia), 1951. Debemos el conocimiento de este trabajo a la cortesía del Dr. Magnus Mörner.

<sup>37</sup> A. de Humboldt. *Viaje a las regiones equinociales*, t. IV, pags. 326, 543, 551, 575. Caracas, 1942

confluencia con el Erevato, y allí esperan las lluvias de mayo de 1772 para seguir, pero enferman todos con fiebres epidémicas. Averiguó Martínez que era mejor ruta para llegar a la meta el río Paragua. Arrastran las embarcaciones a este río y lo remontan hasta sus fuentes; pero por las pocas lluvias de ese año y el verano, bajaron tanto las aguas, que de no retirarse prontamente corrían el riesgo mortal de quedarse varados en medio de una selva impenetrable sin alimentos de ninguna clase. Retornaron después de nueve meses de penosos esfuerzos.<sup>38</sup>

Pero Centurión no cesa. Envía otra expedición a cargo del teniente Vicente Díez de la Fuente en marzo de 1773, que toma el curso del río Caroní y luego del Paragua hasta sus fuentes. En 1774 envía un destacamento al cerro de El Dorado, el cual cruza los montes de Pacaraima, navega al Sur por el Parime hasta el Maó, remonta éste, y cuando según los guías poco faltaba para llegar al soñado cerro, un fuerte ataque de los aborígenes les impide continuar y tienen que volver atrás.<sup>39</sup>

Para cumplir la tercera jornada despacha Díez de la Fuente otro destacamento al mando de Antonio López de la Puente en octubre de 1775. Siguen la misma ruta de la anterior, reanudan la remontada del río Maó hasta cierto lugar de donde se dirigen al supuesto cerro de El Dorado. Lo escalan y alcanzan la cima. Una profunda decepción y una gran cólera debieron experimentar los expedicionarios. El oro no aparecía por ninguna parte. Solo abundantes rocas micáceas cuyo brillo, según Humboldt, fue confundido por los indios con metales preciosos. Además, en el lugar donde se esperaba encontrar la famosa laguna solo vieron el pequeño lago de Amukú, confirmando lo ya averiguado por Hortsman.<sup>40</sup> Cuenta el mismo sabio que cuando esos indios llegaron a Angostura dijeron a Centurión que las Nubes de Magallanes, esas preciosas formaciones estelares que como nieblas de diamantes brillan en el cielo austral a fines del otoño, eran reflejos del fulgor extraordinario de El Dorado.

De esta manera, la tenaz leyenda de El Dorado recibía una herida mortal ya definitiva. Ya nadie más intentaría lanzarse a encontrarlo, pero inexplicablemente los geógrafos persistieron en representar en sus mapas de Guayana la quimérica

---

<sup>38</sup> Centurión a Arriaga, 30 de diciembre de 1772. A.G.I., *Caracas*, 137.

<sup>39</sup> Centurión a Arriaga, 25 de septiembre de 1774. Lugar citado.

<sup>40</sup> V. Díez de la Fuente a Centurión, 3 de julio de 1776. Lugar citado.

laguna, indudable expresión gráfica de El Dorado. Aparece en el mapa de Venezuela de Depons, grabado en 1805 y en todos los que se imprimieron hasta 1821. Los análisis y comentarios críticos de Humboldt acabaron de destruir definitivamente la leyenda.

## CONCLUSIONES

Al llegar al término de nuestra narración, volvamos los ojos atrás y tratemos de obtener una visión de conjunto.

Las numerosas empresas que se lanzaron a conquistar El Dorado pueden ser agrupadas en tres ciclos que se diferencian claramente entre sí.

El primer ciclo comprende las que se hicieron para hallar la supuesta rica provincia de Meta que se creía existir en el curso superior de este río, pero cuya riqueza no era sino el reflejo de la opulencia real de los indios Chibchas de la meseta bogotana. Este primer ciclo abarca las jornadas de Ordaz, Alonso de Herrera, Ortal, Sedeño, Spira y Federman.

El segundo ciclo lo llamaremos llanero porque tiene por teatro los inmensos llanos de Venezuela y Nueva Granada comprendidos entre las montañas del Norte de Venezuela y el río Caguán al Sur, del Orinoco al Este y la cordillera Oriental de Nueva Granada al Oeste. En este ciclo podemos incluir las expediciones de Hutten, las dos de Maraver de Silva, las de Fernández de Serpa, Jiménez de Quesada, Francisco de Cáceres, las dirigida a la laguna de Caranaca y la primera de Antonio de Berrío.

El último lo denominaremos guayanés porque las expediciones ocurren en los inmensos territorios montañosos y selváticos circunscritos por el Orinoco y que llegan al Esequivo. En este ciclo hallamos las numerosas tentativas de Antonio de Berrío a partir de su segunda, de su hijo Fernando, las de Raleigh y Keymis, el intento de los suecos, la de Hortsman y las tres enviadas por el Gobernador Centurión.

¿Fue el mito de El Dorado una suposición imaginaria estéril que sólo ocasionó calamidades y que nada de valor perdurable dejó?

El resultado más inmediato de esas incursiones fue un ensanche progresivo de

los conocimientos geográficos relativos al país. En pocas décadas se obtuvo una comprensión empírica de los rasgos característicos de las más importantes regiones de Venezuela, sus dimensiones reales, población, producciones y posibilidades económicas. Su exploración científica no se iniciará sino en el siglo XVIII con la expedición a Guayana de Iturriaga y Solano en 1754-60, la de Joaquín Fidalgo en sus costas en 1793-97, y alcanza su plenitud en la famosa de Humboldt en 1799-1800.

Todas las expediciones que se formaron fueron organizadas y financiadas como empresas privadas. Esos expedicionarios después de haber gastado considerables caudales, de realizar con tenacidad sin flaqueos grandes esfuerzos y arrostrar muchos peligros, de sufrir incontables privaciones y penalidades, de sacrificar numerosas vidas, sólo cosecharon hondos desencantos y escasos provechos materiales.

Pero para la Corona española los resultados fueron muy positivos y beneficiosos. Esos visionarios exploradores, antes de lanzarse a sus jornadas obtuvieron del Monarca español la concesión de extensos territorios donde esperaban encontrar El Dorado, y al no lograrlo, para no fracasar por completo, fundaron en ellos gobernaciones y ciudades que han perdurado. Nacieron así varias provincias que más tarde se incorporaron a lo que hoy es Venezuela.

Diego Fernández de Serpa obtuvo de Felipe II en 1569 no sólo lo que siempre constituyó durante la colonia la provincia de Nueva Andalucía sino el inmenso territorio entre el Orinoco y el Amazonas. Pereció a poco de partir hacia la Guayana, pero la Gobernación de la Nueva Andalucía pasó a manos de su hijo y sucesor y quedó definitivamente, aunque amputada de la porción al Sur del Orinoco, que pasó a ser dominio de su rival Jiménez de Quesada.

Francisco de Cáceres no logra dar con El Dorado en los llanos neogranadinos, mas para no fallar totalmente se dirige al corregimiento de Tunja del Nuevo Reino de Granada e invade una porción de su territorio que anexa al suyo de los llanos, funda la Capitanía General de La Grita, y la ciudad de ese nombre, y Altamira de Cáceres o Barinas. Más tarde en 1607, esta Capitanía General fue fusionada con la Provincia de las Sierras Nevadas de Mérida para formar el Corregimiento de

Mérida y La Grita, el cual en 1622 se transformará en la Provincia del mismo nombre. No resultó pues infructuosa la empresa doradista de Cáceres.

Si el capitán Juan Fernández de León no logró dar con los tesoros de Caranaca y su opulenta laguna, al menos fundó como base para buscarla la ciudad de Guanare, que no se despobló al fracasar la jornada y ha permanecido.

Las múltiples tentativas de Antonio de Berrío y de su hijo Fernando para encontrar la áurea ciudad de Manoa y la esplendente laguna Parime culminarán en el más completo descalabro, pero el esforzado don Antonio había obtenido la creación de la Provincia de Guayana y había fundado las poblaciones de Santo Tomé en el Orinoco y de San José de Oruña en Trinidad. Vastas y ricas tierras que más tarde entrarán a formar parte de nuestro territorio nacional.

Pero no paran aquí los beneficios que El Dorado trajo a Venezuela. Aunque parezca inverosímil él fue la causa inmediata de la creación en 1777 de la Capitanía General de Venezuela, hecho de enorme trascendencia, porque las provincias venezolanas que pertenecían a jurisdicciones diversas quedaron integradas en una sola unidad territorial para formar la nación que nos cobija.

En efecto, recordemos la última expedición que el Gobernador Centurión envió al cerro de El Dorado. Cuando después de haber alcanzado su cima, Antonio López de la Puente y sus hombres descendieron, fueron apresados a principios de 1776 por un fuerte contingente de tropas portuguesas del Brasil. ¿Por qué? Eran acusados de haber invadido territorio perteneciente a Portugal. La disputa de fronteras entre las posesiones de España y Portugal en la América Meridional era secular. El apresamiento de la expedición española del Parime y otros choques ocurridos en la región del río de La Plata desencadenaron una guerra entre ambas potencias en 1776. Ante esa situación y el peligro de una invasión portuguesa, el Gobernador de Guayana pidió auxilio de tropas y municiones a sus vecinos de Venezuela y Nueva Andalucía. Estos se abstuvieron de dárselos, aduciendo pretextos diversos. Causó gran alarma en el Gobierno de Madrid lo ocurrido, pues quedó en evidencia la falta de organización, la carencia de recursos y de coordinación en esos Gobiernos locales para defenderse en caso de cualquier ataque. Considerando que el Virrey de Nueva Granada estaba demasiado lejos en

Bogotá para actuar con eficacia y prontitud en las provincias venezolanas que estaban bajo su mando, resolvió el Rey Carlos III en septiembre de 1777, segregar las provincias de Maracaibo, Guayana, Nueva Andalucía, Margarita y Trinidad del Virreynato y agruparlas alrededor de la provincia de Venezuela que ocupaba una posición central y estaba más desarrollada. Estos hechos comprueban sin lugar a dudas que esa integración fue decidida como consecuencia directa de la última de las incontables expediciones que tuvieron por finalidad dar con El Dorado.<sup>41</sup>

Con lo cual, después de haber engendrado este hecho trascendental, desapareció del escenario histórico como fuerza motora la célebre leyenda que a tantos seres humanos había impulsado a la acción.

*Señores*

## BIBLIOGRAFIA

Además de las obras citadas en las notas, se han consultado las siguientes:  
Bartolomé de las Casas, *historia de las Indias*, 3 t. México, 1951.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias*.  
3ª edición. 5 t. Madrid, 1959.

Juan de castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Edición de Caraciolo Parra León. Caracas, 1935.

Antonio de Herrera, *Historia General de los Hechos de los Castellanos...* Edición de la Academia de la Historia. Madrid.

---

<sup>41</sup> Jerónimo Martínez Mendoza. *Venezuela Colonial*, págs. 183-191. Caracas, 1965.

Fray Pedro Simón, *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme...*  
Edición de Demetrio Ramos. 2 t. Academia de la Historia. Caracas, 1963.

Lino Duarte Level, *Historia Patria*, Caracas, 1911.

Bartolomé Tavera Acosta, *Anales de Guayana*. 2 t. 2ª edición. Ciudad Bolívar,  
1913.

Raymundo Rivas, *Los Fundadores de Bogotá*. Bogotá, 1923, 2ª edición. 1938-9

Fray Froilán de Rionegro, *Documentos y Actuaciones...* (Pontevedra), 1926.

V. T. Harlow, Introduction, notes and appendixes of hitherto unpublished  
documents to *The Discovery of the large and beautiful Empire of Guiana...*  
by Sir Walter Raleigh. London, 1928

Enrique de Gandía, *Historia crítica de los Mitos en la Conquista Americana*.  
Madrid, 1929.

Enrique Otero D'Costa, *Gonzalo Jiménez de Quesada*. s.f. Bogotá.

Contantino Bayle, S.J., *El Dorado Fantasma*. Madrid, 1943.

Julio Febres Cordero, *Los Dorados y el Parime*. Caracas, 1946.

Luis R. Oramas, *En pos del Dorado*. Caracas, 1947.

F. Pérez Embid, *Diego de Ordás*. Sevilla, 1950.

Demetrio Ramos, *Examen crítico de las noticias sobre el mito del Dorado*, Revista  
de Cultura Universitaria, N° 41, pp. 19-58. Caracas, 1954.

Juan Friede, *Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá*. Bogotá, 1960.

Fray Cesáreo de Armellada, *Por la Venezuela Indígena*. Caracas, 1960

Helena Ruiz, *La búsqueda de El Dorado por Guayana*. Sevilla, 1961.